CUADERNOS
historia 16

La Peste Negra

Antonio Carreras, Emilio Mitre y Julio Valdeón



17

125 ptas

CUADERNOS historia 16

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.

PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.

VICEPRESIDENTE: César Pontvianne.

DIRECTOR GENERAL: Alfonso de Salas.

DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Pedro J. Ramírez.

DIRECTOR: J. David Solar Cubillas.

REDACTOR JEFE: Javier Villalba.

REDACCION: Asunción Doménech y Manuel Longares.

COLABORACION ESPECIAL: José M.ª Solé Mariño.

SECRETARIA DE REDACCION: Marie Loup Sougez.

CONFECCION: Guillermo Llorente.

FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.

CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.

Es una publicación del Grupo 16.

REDACCION Y ADMINISTRACIÓN: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.º 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.

Barcelona: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: 218 50 16 y 218 50 66.

DIRECTOR GERENTE: José Luis Virumbrales Alonso.

SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfs.: 268 04 03 - 02.

DIRECTOR DE PUBLICIDAD: Balbino Fraga.

PUBLICIDAD MADRID: María del Carmen Nieto. Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.

Cataluña: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: (93) 228 84 01, 228 47 03 ó 218 50 16.

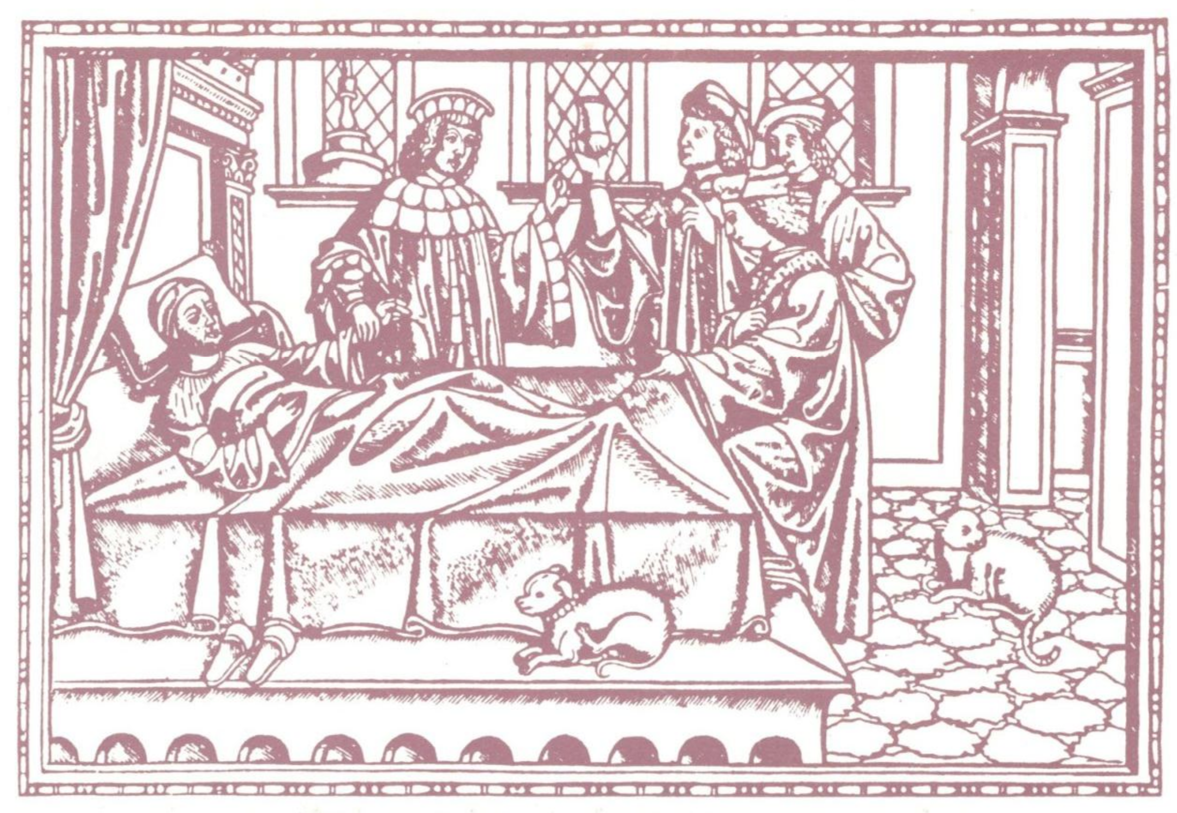
Zona Norte: Alejandro Vicente. Avda. del Ejército, 11, departamento 54 B. 48014 Bilbao. Tel. (94) 435 77 86.

IMPRIME: Raycar, S. A. Matilde Hernández, 27. 28019 Madrid.

DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avda. Valdelaparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).

ISBN 84-85229-76-2, obra completa.
ISBN 84-85229-77-0, cuadernos.
ISBN 84-85229-80-0, tomo II.

Depósito legal: M. 41.536. – 1985.



Visita a un enfermo (plancha de madera utilizada para ilustrar un libro médico italiano)

Indice

Qué fue la Peste Negra

A lo largo de más de una década, durante los años centrales del siglo XIV, la población europea se vería expuesta a los destructores efectos de la que sería denominada peste o muerte negra. *Unas sociedades que, sobre todo en el centro y occidente continentales, se preparaban para lanzarse al desarrollo que supondría el Renacimiento, conocerían la desarticulación y la decadencia, tanto en el plano humano como en el económico.*

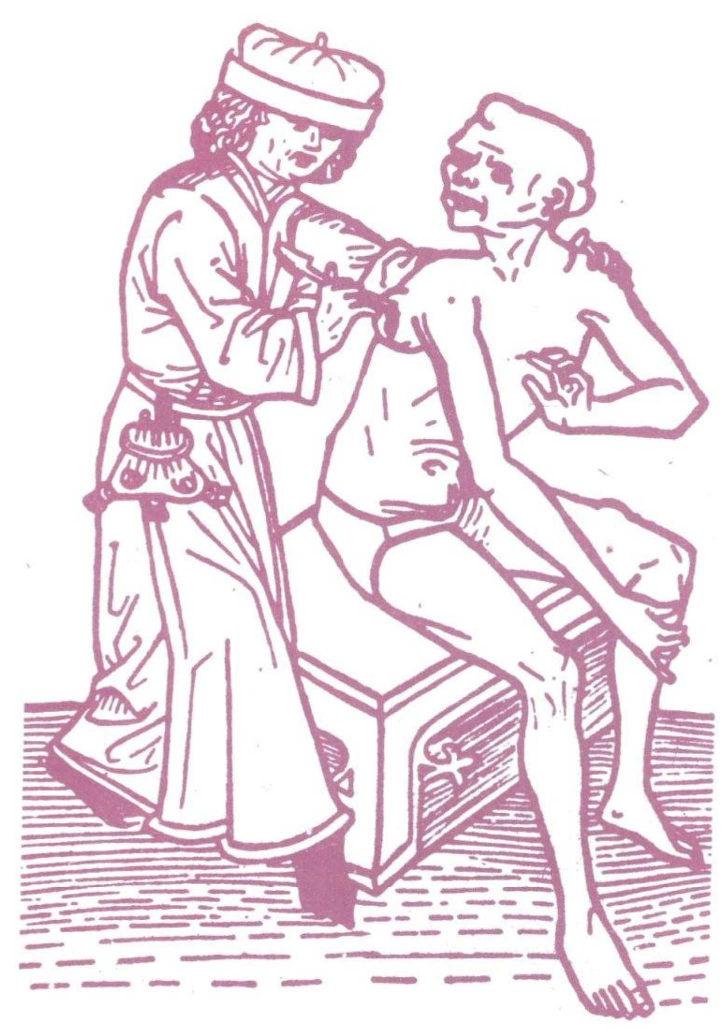
La trascendencia de este hecho, configurador de actitudes y causa de posteriores actividades surgidas a raíz del mismo, resulta especialmente significativa observada con la perspectiva que otorga el tiempo transcurrido desde entonces. El ejemplo de la España afectada por la peste sirve como inmejorable ilustración de las consecuencias que a todos los niveles generó esta expansión de un mal que durante un breve período de tiempo sirvió como elemento definidor común a la práctica totalidad del mundo medieval.

En los artículos que siguen, la cuestión es tratada desde todos sus aspectos posibles, sociales, económicos, sanitarios e ideológicos. La aportación de los excelentes medievalistas Julio Valdeón y Emilio Mitre se encuentra aquí adecuadamente complementada por la que en el ámbito médico efectúa Antonio Carreras, formando un conjunto armónico y totalizador que contempla el problema estudiado como el conjunto de circunstancias coincidentes que fue en realidad.

Alegoría del desastre de la peste, por Brueghel el Viejo, *siglo XVI (Museo del Prado, Madrid)*



Hospital medieval de Tossa de Mar (Gerona) (arriba). *Miniatura francesa representando la asistencia sanitaria a los enfermos en la Edad Media (Biblioteca del Arsenal, París)* (abajo)



Enfermo de peste bubónica atendido por un cirujano (xilografía del Spruch von der Pestilenz, *por Hans Folz, año 1482)*

Aspectos médicos

Por Antonio Carreras Panchón

Profesor agregado de Historia de la Medicina.
Universidad Complutense de Madrid

PARA el hombre de nuestro tiempo, el término peste evoca confusamente una afección relacionada con muertes abundantes y ancestrales sensaciones de horror. A pesar de la difusión del vocablo, hay un desconocimiento bastante generalizado sobre la índole de la enfermedad; sólo en raras ocasiones topamos —a través de los informes periódicos de la OMS, que apenas si merecen un breve recuadro en la prensa diaria— con la noticia de algunos casos de contagio en el sudeste asiático o en el continente americano. Y, sin embargo, este carácter insólito que parece definir al morbo es muy reciente históricamente, pues conviene no olvidar que hasta bien entrado el siglo XVIII la peste fue asiduo visitante de las tierras europeas. En las líneas que siguen nos referiremos a los aspectos médicos que más decisivamente han contribuido a singularizar este proceso morboso; así podremos atender la significación en el panorama sanitario medieval de la Peste Negra, a partir de su brutal eclosión en el siglo XIV.

La peste es una enfermedad infecto-contagiosa producida por un bacilo (*Yersinia pestis*) aislado en 1894, en Hong-Kong, durante una epidemia, por el microbiólogo suizo Yersin. Comienza, tras un período de incubación silenciosa, con fiebre elevada, acompañada de escalofríos, náuseas, sed y sensación de agotamiento y angustia grandes. Tras este inicio, brusco e inespecífico, la enfermedad no sigue un cuadro clínico idéntico, sino que se presenta bajo tres formas inconfundibles. La primera, la más clásica, es la *bubónica*. En la ingle, la axila o el cuello aparece el bubón, abultamiento doloroso y muy evidente de un ganglio. Toda una iconografía ha representado a los apestados con gruesos tumores del tamaño de un huevo en la parte superior de la pierna, puerta de entrada más habitual de la infección. Esta forma bubónica



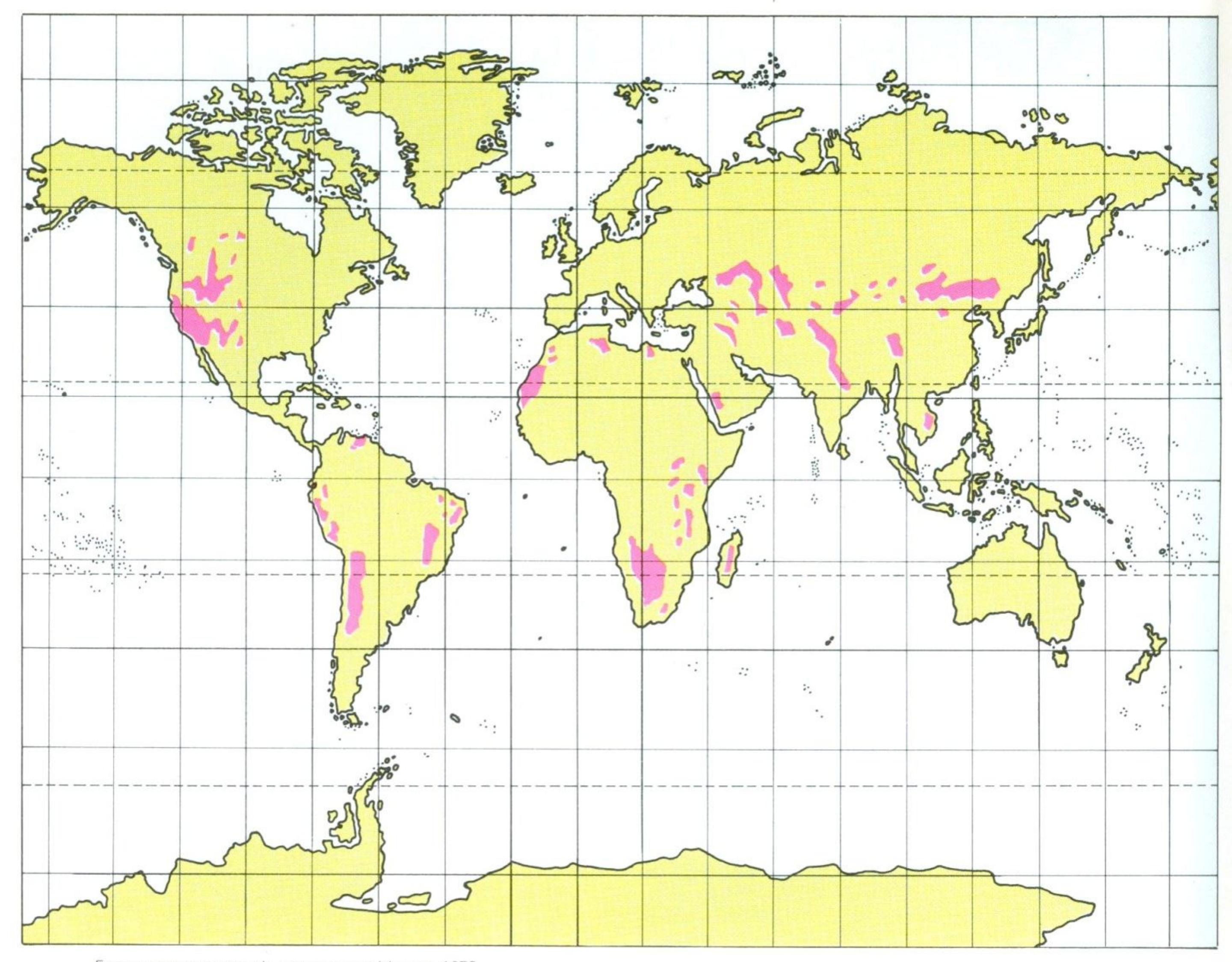
La peste en Frigia, *por Marcantonio Raimondi (siglo XVI)*

es la más frecuente y conocida, dada la afinidad del bacilo por el sistema linfático. La segunda forma, la *pulmonar*, es de sintomatología menos florida; atestigua una infección directa del aparato respiratorio por inhalar partículas con el bacilo. De inicio también repentino, se acompaña de fiebre alta, ahogo, tos y esputos sanguinolentos. La forma *septicémica* se produce por la diseminación del bacilo desde los bubones ganglionares o el pulmón. Una vez instaurada esta septicemia pestosa —la más funesta de las formas clínicas— es irreversible, concluyendo con la muerte del paciente. En raras ocasiones, en el comienzo de las epidemias, se presenta sin antecedentes bubónicos o neumónicos, afectando sobre todo a lactantes y jóvenes. Durante la septicemia se aprecian hemorragias cutáneas por todo el cuerpo con grandes placas de extravasación que, con su color negro azulado, contribuyen al conocimiento del morbo como *peste negra* o *muerte negra*.

A la espectacularidad de su cuadro clínico se añade una mortalidad elevadísima. Las cifras que dan los epidemiólogos para los enfermos no sometidos a tratamiento antibiótico nos permiten comprender el pánico que se desencadenaba ante la enfermedad. En la forma bubónica la mortalidad oscila entre el 40 y el 90 por 100 de los afectados; en la pulmonar, entre el 90 y el 100 por 100; en la septicémica el desenlace es siempre fatal. Estos índices actuales pueden extrapolarse a las décadas centrales del siglo XIV, a la luz de los estudios realizados sobre las consecuencias de la epidemia en tiempos pasados. Ante estos datos se justifica el terror de las poblaciones al anuncio de una epidemia y los intentos de procurarse la huida de la región como remedio más eficaz.

Complicado mecanismo de transmisión

Pero, con toda la aparatosidad de su sintomatología, acaso lo más sorprendente de la peste sea el complicado mecanismo de transmisión de la enfermedad. Pertenece ésta al



Focos permanentes de peste conocidos en 1950

grupo de las zoonosis transmisibles, procesos morbosos susceptibles de afectar a los animales y al hombre. En este sentido, la peste es una enfermedad de los roedores que, sólo secundariamente, puede alcanzar al hombre. En los territorios poblados, los roedores domésticos son los más frecuentemente infectados, y a la cabeza de todos, la rata, en sus dos variedades: gris o de alcantarilla (*Rattus norvegicus*) y negra o de las casas (*Rattus rattus*). No es extraño en épocas de peste advertir cómo los ratones padecen igualmente el mal.

La infección del hombre se produce mediante la intervención de la pulga de la rata (*Xenopsylla cheopis* habitualmente), eslabón fundamental en la cadena de transmisión. En efecto, la pulga pica a la rata que padece peste ingiriendo sangre con bacilos; éstos, en el interior del insecto se multiplican espectacularmente, obstruyendo una minúscula bolsa (proventrículo) situada sobre su esófago. Esta ocupación impide al parásito alimentarse; la pulga hambrienta pica entonces una y otra vez, pero, incapacitada para ingerir sangre, regurgita e inocula los gérmenes de su tubo digestivo, que se encuentran prácticamente en cultivo puro. Si el hombre sufre la picadura, el bacilo pasa a su torrente circulatorio y al acantonarse en los ganglios linfáticos aparece el bubón; cuando la difusión es masiva sobrevendrá la septicemia. Instaurada la epidemia, ectoparásitos propios del hombre como la pulga (*Pulex irritans*) o el piojo, pueden contribuir a la transmisión entre los seres humanos.

Se requieren, además, circunstancias climáticas especiales para que la cadena rata-pulga-hombre pueda articularse, ya que la pulga de la rata únicamente puede vivir en una temperatura comprendida entre los 15-20° y, lo que aún es más importante, precisa una humedad del 90-95 por 100. Se explica así la presencia de peste en la estación cálida y tras grandes lluvias, como los más antiguos tratadistas medievales y renacentistas habían ya advertido. Por el contrario, las formas pulmonares, transmitidas de hombre a hombre, aparecen habitualmente en los meses fríos.

Así, con estas señales tan patéticas, se manifiesta la peste, y a través de este circuito roedor-parásito-hombre, una afección propia de ciertos mamíferos contamina a la especie humana. Ahora que conocemos a este aborrecible visitante expondremos, a la luz de los datos que hoy se poseen, las circunstancias

TRANSMISION DE LA PESTE NEGRA (1338-1349)

(Según Michael V. Dols)

Ruta de la Peste Negra — Ruta posible

Londres (1349) · Bergen (1349) · ALEMANIA · POLONIA · París (1348) · FRANCIA · BAVIERA · Marsella · Génova · Venecia (1348) · Roma · ITALIA · MACEDONIA · TRACIA · Túnez (1348) · Mesina (1347) · Kairuan · Constantinopla (1347) · MEDITERRANEO · LIBIA · Rodas · Chipre (1348) · Barqa · Alejandría (1347) · Cairo · BAJO EGIPTO (1348) · Assuan · ALTO EGIPTO (1349) · MAR ROJO · Medina · Meca (1348-49) · ARABIA · HORDA DE ORO · Sarai (1345-46) · Tana · Astrakan · Sughdaq · Caffa · CAUCASO · MAR NEGRO · Trebisonda · ARMENIA · Tivrik (1348) · AZERBAIDJAN · MAR CASPIO · Tabriz (1346-47) · Mawsil (1349) · IRAK · Bagdad · PERSIA · Damasco (1348) · PALESTINA · Kufa · Basrah · TURKESTAN · Issyl Kul · Balasagun (1338-39) · Talas · TRANSOXIANA · Samarcanda · Balkh · OCEANO INDICO

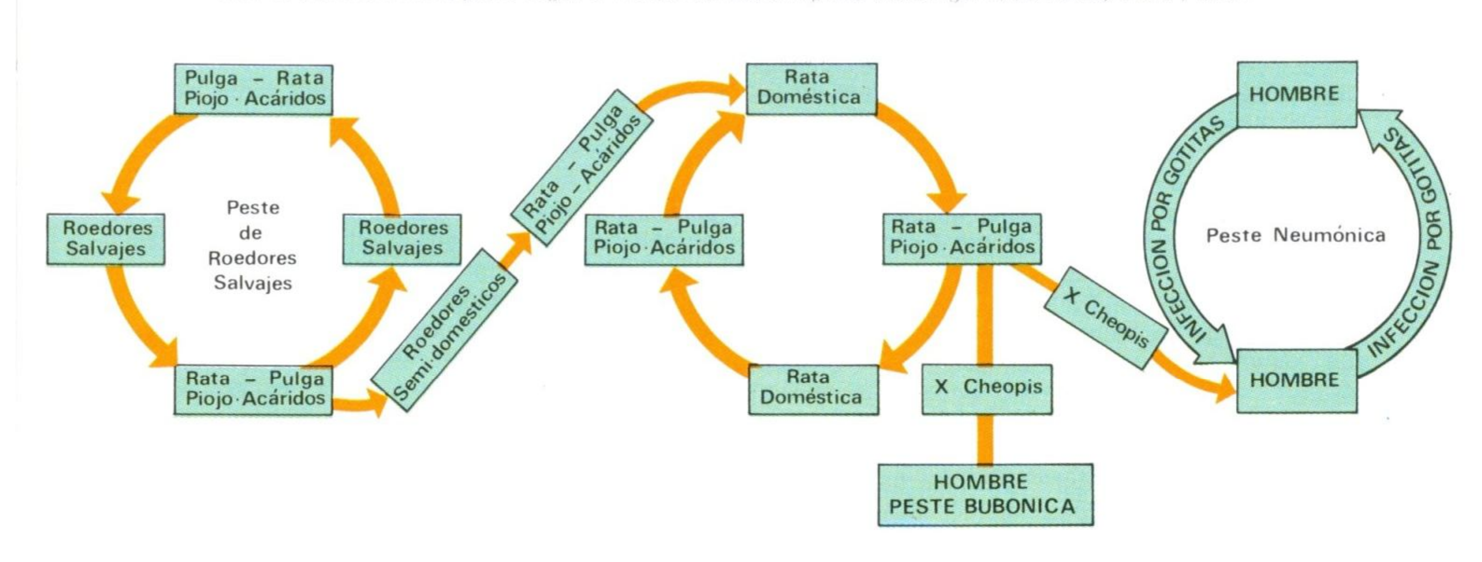
Barcelona · Valencia · ESPAÑA (1348) · Mallorca · Granada · Almería · Gibraltar · Fez · Bujía · Orán · Tlemecen · IFRIQIYA

que motivaron la gran epidemia medieval de Peste Negra.

La llegada del intruso

Un hecho llama la atención tan pronto observamos en un mapa los territorios invadidos por la enfermedad: su difusión por los tres continentes que integran el mundo medieval. Los países ribereños del Mediterráneo y los del norte y centro de Europa, que habían disfrutado un lago período de seiscientos años sin peste (tras la última oleada del siglo VIII), se habituarán desde 1348 a sufrir los embates de la afección. Precisamente, por la significación

Ciclo de transmisión de la peste (según el Tratado de medicina preventiva e higiene, *de Matilla, Bravo y otros)*



universal e igualadora de la Peste Negra, Le Roy Ladurie ha llegado a sostener que con la aparición de la misma se inicia la *unificación microbiana del mundo*. El proceso concluiría, según el historiador citado, en el siglo XVII, cuando tras los descubrimientos geográficos realizados y la difusión por los nuevos continentes de las enfermedades infecciosas, se desemboca en una especie de *mercado común de los bacilos*.

A la luz de los conocimientos actuales sabemos que esta tremenda oleada arranca de Asia. La primera etapa de este proceso se habría desencadenado, según una hipótesis muy probable, a la vuelta de los mongoles de su expedición al Yunnan, en el sureste de China, en 1253. En esta comarca se encontraba un foco endémico de peste que ha llegado hasta nuestros días; por su responsabilidad en la epidemia de Peste Negra, los especialistas conocen la variedad bacilar allí acantonada como *Y pestis medievalis*. En su vuelta al norte se desplazaría hacia el interior el hasta entonces sosegado bacilo. En este contexto nuevo se inscribiría la supuesta epidemia que en China, hacia 1331, registran algunas fuentes árabes. De ser cierta —aunque por el momento no se cuenta con datos que confirmen esta dudosa información—, supondría la primera aparición de la enfermedad en el siglo XIV.

Si estos hechos se inscriben en el terreno de las hipótesis, los sucesos que siguen están perfectamente documentados. En efecto, en 1338-1339 se detecta la enfermedad en la meseta central asiática, en la región que por su especial posición geográfica contribuirá decisivamente a la expansión de la epidemia. Allí, en las proximidades del lago Issik-Kul (URSS, cerca de Alma Ata), el arqueólogo ruso D. A. Chwolson advirtió, a finales del pasado siglo, en dos cementerios nestorianos, una mortalidad anormalmente elevada durante los años citados; más aún, tuvo la fortuna de hallar tres inscripciones donde se indicaba que las personas allí inhumadas habían fallecido de peste. La importancia de este hallazgo es capital en la historia de la Peste Negra, ya que, como veremos, la coincidencia de varios factores impulsó la transmisión de la epidemia.

Sabemos hoy que la infección pestosa no afecta únicamente a la rata, pues un grupo más amplio de roedores salvajes (marmotas, ardillas, tarbaganes o jerbos) sufren la enfermedad desempeñando un papel decisivo como reserva de la misma. En las madrigueras de estos roedores se constituye un microclima que permite la supervivencia de las pulgas que, muerto su huésped, pasan al nuevo ocupante del cubil. Además, el parásito de estos roedores se muestra mucho más resistente ante condiciones climáticas rigurosas que la pulga de la rata. Se mantiene así la peste potencialmente dispuesta a contagiar a roedores domésticos o al hombre cuando las circunstancias lo favorecen. La costumbre de los nómadas de la estepa de dar caza a las marmotas para aprovechar su piel y su carne habría contribuido al contagio humano de la epizootia. El comercio con pieles y la utilización de éstas en la ropa de quienes se aventuraban por las frías regiones asiáticas constituiría igualmente un medio idóneo para el desarrollo de la pulga y su posterior transporte.

La transmisión a Europa se vio impulsada por el *nuevo orden* impuesto en Asia tras la dominación mongola. A la muerte de Gengis Khan, en 1227, quedaba constituido un Imperio que se extendía desde el mar Amarillo hasta el Volga. Con sus sucesores se produce un perfeccionamiento de la administración del Imperio instaurándose una *pax mongolica* que mejora el comercio a través de rutas más seguras. Con Kubilai († 1294), el intercambio caravanero se intensificó notablemente y la ruta de la seda se convirtió en un poderoso medio de aproximación entre Oriente y Occidente. Ese mismo camino seguirá en el siglo XIV la peste. Desde un punto tan estratégico como el lago Issik-Kul, situado en la ruta de las caravanas, la epidemia se desplazaría hacia el oeste llegando al mar Negro (Crimea, 1346) y contagiando desde Constantinopla el continente europeo, Asia Menor y Africa. Iniciada la expansión, la rata negra —la gris, menos sedentaria, se instala en Europa a partir del siglo XVIII y a su aparición atribuyen algunos autores el declive de la enfermedad— tomaría el relevo de los roedores salvajes. Y en el intervalo comprendido entre 1347 (Crimea, Constantinopla) y 1352 (Rusia europea), el mal se difunde por Europa y países mediterráneos.

Los médicos ante la Peste Negra

La búsqueda de respuestas a las cuestiones que la afección plantea se hace por los médicos —ya sean árabes o cristianos— desde los presupuestos del pensamiento hipocrático-galénico. Ahora bien, su origen remoto únicamente puede explicarse por intervención divina en castigo a las maldades y pecados de los hombres; la elevada mortalidad y la indefensión ante el morbo empujan hacia este providencialismo tan característico en todas las epidemias. En cuanto enfermedad popular —*epidémica*—, tiene su causa próxima en una corrupción del aire, elemento susceptible de alterarse fácilmente por la acción del calor o la lluvia. Esta tesis, mantenida ya en los escritos hipocráticos *Epidemias I* y *III* y desarrollada por Galeno en *De differentiis febrium*, encontrará en el *Canon* de Avicena († 1037) su exposición más acabada.

Desde estos fundamentos teóricos, los

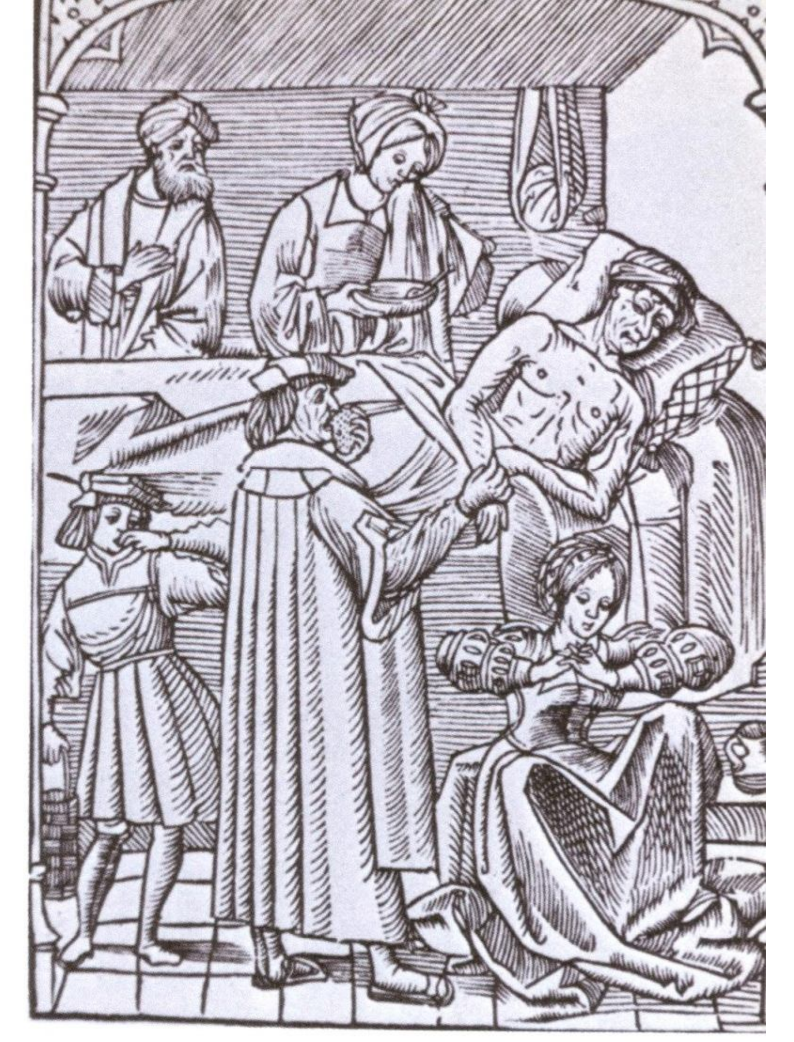
tratadistas medievales procuran entender dicha alteración del aire. Sostienen de este modo que las conjunciones de planetas modifican éste e inducen la aparición de la epidemia; el cirujano Guy de Chauliac se hará eco de una opinión generalizada al afirmar que la coincidencia de Saturno, Júpiter y Marte en el 14 grado de Acuario (para otros de Piscis), el 24 de marzo de 1345, ha sido factor determinante para la aparición de la gran pestilencia. Los eclipses, los cometas, los temblores de tierra (con la salida de efluvios venenosos), las tormentas, son fenómenos que perturban la pureza del aire y contribuyen a su corrupción.

Entendida la salud como la mezcla proporcionada de los humores (sangre, cólera, melancolía, flema), se consigue este equilibrio gracias a la intervención del calor innato, asentado en el corazón, y al aporte alimenticio exterior. Una de las formas que puede adoptar el alimento es el aire circundante que en el corazón y los pulmones modera la acción del calor innato y airea o neumatiza la sangre, esencial para que ésta pueda desempeñar su función nutritiva. El predominio del elemento simple, *aire,* en el elemento secundario o humor, *sangre,* provoca la alteración de este último en caso de peste.

El proceso morboso se inicia cuando ese humor alterado perturba la buena mezcla que define a la salud. Los bubones, las manchas cutáneas o los esputos rojizos no son más que la concreción en diversas estructuras del cuerpo humano del humor pecante —la sangre— que el cuerpo procura eliminar. Esquemáticamente evocada, así se explica a los ojos de Guy de Chauliac o Gentile de Foligno la patología de la peste; tesis prácticamente idénticas mantendrán los médicos árabes —Ibn al-Khatib, Ibn Khatimah— alimentados en las mismas fuentes clásicas. Poca diferencia se aprecia igualmente en las descripciones clínicas que, por la rotundidad de los síntomas, apenas se prestan a digresiones teóricas.

En cuanto a la cura, el remedio por excelencia es la sangría. Con ésta se pretende eliminar la sangre, humor más directamente responsable del mal; la abertura del bubón, con cauterio o bisturí, se realiza con igual objetivo.

Los medios preventivos se caracterizan por un mayor barroquismo. Se recomienda quemar maderas olorosas y llevar ropas perfumadas, ya que sus vapores corregirían la corrupción del aire. Con la limpieza de las calles y el rápido enterramiento de los cadáveres se alcanzaría el mismo fin. La triaca, el bolo armenio, la salvia, la tierra sigillata, el mitridato, son algunas drogas más frecuentemente prescritas. Toda una multiforme polifarmacia procura detener lo irreparable. Junto a ella se propugnan como específicos poderosos frente a la peste remedios propios de la medicina creencial. En unos casos la pretendida panacea procede de una medicina mágica o



Visita médica a un apestado (de Fascicul Medicinae te Antewerpen, 1522)

hechiceril: talismanes, fórmulas cabalísticas, piedras preciosas. Otras veces la filiación religiosa es más clara: reliquias, oraciones, exorcismos, actos de penitencia.

Contra el parecer de los médicos —para quienes el aire y sólo éste es responsable del morbo— se difunde la costumbre de aislar a los enfermos. Unicamente a partir de la obra de Fracastoro, en 1546, las ideas sobre el contagio, racionalmente elaboradas, serán admitidas por la mayoría de los galenos.

Pero, sobre todas, una medida se alza como de mayor eficacia: la huida. Una expresión latina condensa esta prescripción segura: *cito, longe, tarde.* Hay que huir pronto, lejos y regresar tarde. La recomendación se impone con tal éxito que se convierte en forma proverbial en Europa; todavía cuando Sorapán de Rieros publica en Granada en 1616 su *Medicina española contenida en proverbios vulgares de nuestra lengua,* recordará que *huir de la pestilencia con tres eles es prudencia: luego, lexos y luengo tiempo.* Ante la presencia de la epidemia, ausentarse del lugar es una medida racional, pero el ansia de escapar ante la inminencia de lo horrendo impulsaba decisivamente, más que cualquier otra consideración, a la fuga. Era, en fin, el reconocimiento paladino del fracaso de cualquier otra terapéutica.

La epidemia arrasa Europa

Por Emilio Mitre Fernández
Profesor agregado de Historia Medieval. Universidad Complutense de Madrid

DE todas las manifestaciones de la crisis del Bajo Medievo europeo, la regresión demográfica es la más llamativa. El primer aldabonazo de aviso tiene lugar entre 1315 y 1317, años en los que, tras un período de serias alteraciones climáticas, se produce una grave etapa de carestía. En Flandes —una de las zonas más afectadas— se hablará de *la gran hambre*. Causará en Brujas (ciudad de unas treinta mil almas) casi dos mil víctimas; en Ypres (con unos veinte mil habitantes) se producirán unas dos mil setecientas defunciones entre mayo y octubre de 1316.

La crisis alimentaria que se cebó en las poblaciones europeas en estos años dejó a la sociedad con muy débiles defensas biológicas. Fue, sin duda alguna, uno de los factores que incidieron en la otra gran catástrofe demográfica que sobrevino en Europa en los años siguientes: la Peste Negra.

Las enfermedades epidémicas fueron algo familiar en un Medievo cuyas condiciones de higiene y posibilidades terapéuticas eran deplorables. Hubo dos oleadas particularmente graves y generalizadas: la que sacudió al Mediterráneo a mediados del siglo VI y la que se propagó en todo el continente desde 1347.

El foco originario de este segundo movimiento epidémico es bien conocido. La colonia genovesa de Caffa, en Crimea, fue asediada ese año por un ejército mongol. Los sitiadores se vieron aquejados por un terrible mal que les diezmó y que fue contagiado al interior de la ciudad. Los marinos genoveses que partieron de ella transmitieron la enfermedad a las ciudades portuarias de Anatolia, Constantinopla, Sicilia, Cerdeña, Córcega, Marsella... A fines de 1347, la enfermedad había alcanzado Florencia. El cronista de la ciudad, Giovanni Villani, que había de morir de resultas de la epidemia, dirá que *en el año de Cristo de 1347, como parece que ocurre siempre después de una época de carestía y hambre, comenzó a darse en Florencia y en el «contado», enfermedad, luego mortalidad de gente, especialmente mujeres y niños, en general gente pobre...*

En 1348 la epidemia alcanzó una propagación incontenible por buena parte de Italia, Francia y territorios de la Corona de Aragón. A fines de ese año y a lo largo del siguiente se extendió a Inglaterra y Gales y en los últimos meses de 1349 el mal penetró en Escocia.

En 1350 la plaga sacudió con fuerza a los reinos ibéricos occidentales. El autor de la *Crónica de Alfonso Onceno* hablará para ese año de la *Mortandad grande*, muy superior a los brotes que la Corona castellana había sufrido en los dos años anteriores.

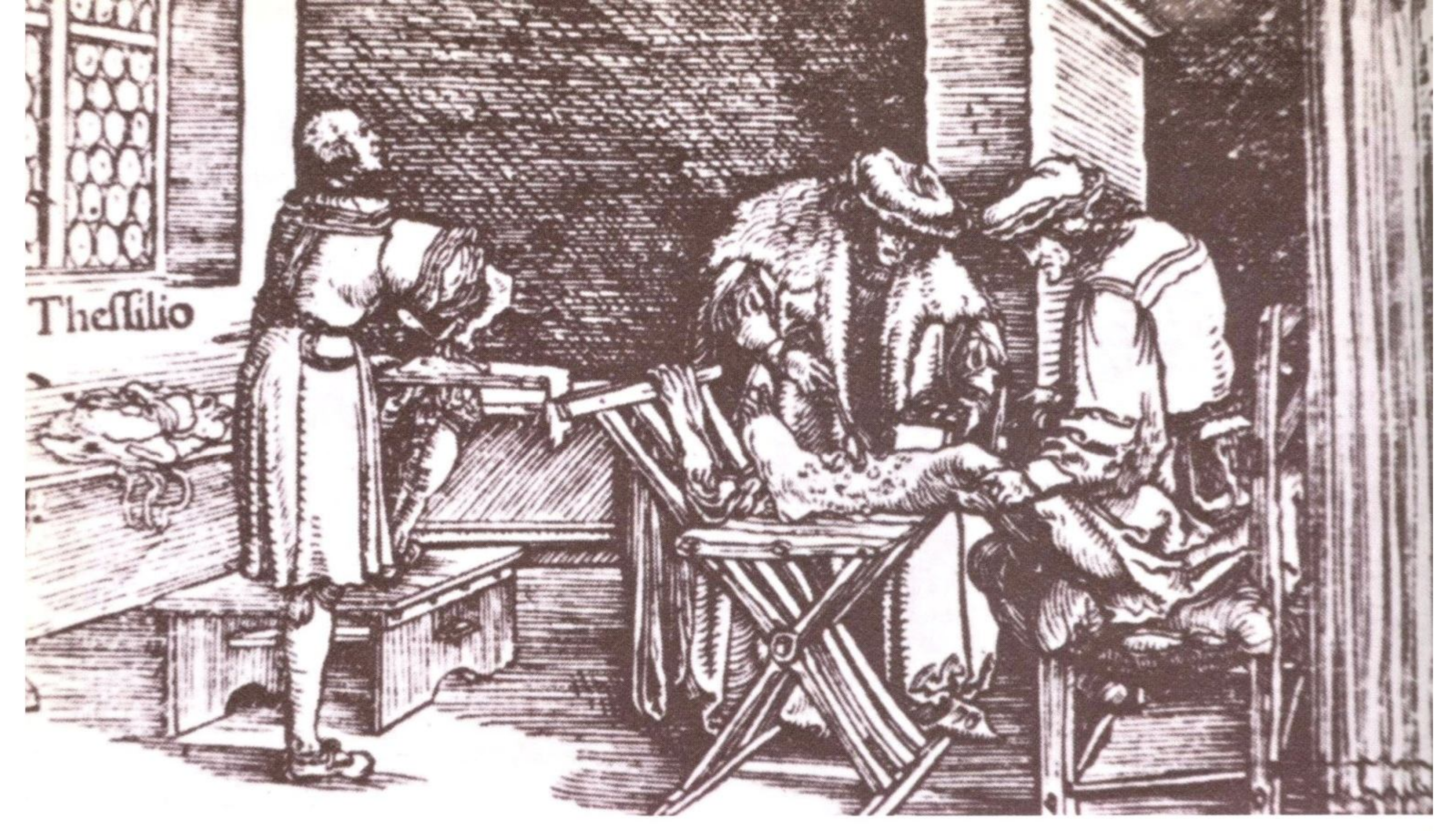
Hasta 1352 aproximadamente, el valle del Danubio y las ciudades de la Hansa Teutónica transmitieron la peste hacia el norte y el este. Entre 1347 y 1352, por tanto, toda Europa y el Próximo Oriente se vieron en mayor o menor grado afectados por ella.

En sus distintas variedades —bubónica, pulmonar o septicémica—, la Peste Negra constituyó un terrible azote. Giovanni Boccaccio, en la introducción de *El Decameron* hace una dramática descripción del mal, diciendo que *no obraba como en Oriente, donde el verter sangre por la nariz era signo seguro de muerte, sino que aquí, al empezar la enfermedad les salían a las hembras y a los varones en las ingles y en los sobacos unas hinchazones que alcanzaban el tamaño de una manzana o de un huevo. La gente común llamaba a estos bultos bubas. Y en poco tiempo estas mortíferas inflamaciones cubrían todas las partes del cuerpo. Luego, los síntomas de la enfermedad se trocaban en manchas negras o lívidas en brazos, muslos y demás partes del cuerpo, bien grandes y diseminadas, bien apretadas y pequeñas. Así, la buba primitiva se convertía en signo inequívoco de futura muerte, tanto como estas manchas.*

Las castigadas poblaciones europeas no pudieron recuperarse de una catástrofe que, desde 1352, prometía desaparecer, ya que, como un ciclo infernal, la epidemia se repitió en años sucesivos. Para el conjunto de Francia e Inglaterra, fueron dramáticos los períodos de 1360-1362, 1368-1369 y 1374-1375. El conflicto generalizado que mantuvieron estos dos países (guerra de los Cien años en su primera etapa) constituyó considerablemente al agravamiento del mal. Las oleadas epidémicas posteriores tuvieron un ámbito menos generalizado. Así, en 1400, la Corona de Castilla se vio sacudida de nuevo. Para 1433, el anónimo redactor del *Journal d'un bourgeois de Paris a la fin de la Guerre de Cent Ans* dirá que *este año, agosto fue el más hermoso que haya conocido hombre alguno. Los granos y las legumbres fueron muy buenos, pero la epidemia de bubones fue tan larga y tan violenta como no se conocía desde 1348. Las sangrías, lavados y cuidados eran inútiles y aquel a quien la epidemia alcanzaba no podía más que morirse. La epidemia co-*

Grupo de mendigos medievales (detalle de la pintura Triunfo de la muerte, *por Andrea de Cione, Museo de la Santa Cruz, Florencia)*

Detalle de El triunfo de la muerte *(por Brueghel* el Viejo, *siglo XVI, Museo del Prado, Madrid)*



Tratamiento quirúrgico de la peste bubónica (del Vanquete de Nobles Caballeros, *de Luis Lobera, siglo XV)*

menzó en marzo de 1433 y duró hasta comienzos de 1434...

El año 1348 seguía siendo, como se ve, una trágica referencia para una sociedad que después de 1434 iniciaba por fin el camino de la recuperación.

Repercusiones demográficas

¿Qué incidencia tuvieron las oleadas de peste en las distintas categorías sociales? ¿Cuál fue la distribución geográfica de las bajas producidas por la epidemia?

La muerte se presenta —y en especial la producida por enfermedades epidémicas— como la gran niveladora social en la conciencia popular del Medievo. Sin embargo, es obvio que, pese a las escasas posibilidades terapeúticas, los estratos favorecidos tuvieron más posibilidades de escapar a la muerte. El texto antes mencionado de Giovanni Villani hace referencia precisamente a una mortandad más aguda entre los pobres. Los narradores de los cuentos de *El Decamerón* son jóvenes de buena familia que, huyendo de una Florencia apestada, se han refugiado en una villa campestre. Para el norte de Francia, un estudio de la extracción social de las víctimas ha permitido a algún autor hablar de *epidemia proletaria.* En la ciudad hanseática de Lübeck, las víctimas entre los propietarios son sensiblemente más bajas que la media general. Ello no fue obstáculo, sin embargo, para que la epidemia atacase a las clases sociales favorecidas. Así, en el consejo municipal de Spoleto, el número de priores se redujo, después de 1348, en un 50 por 100. Habría que considerar también algunas ilustres víctimas, como el monarca castellano Alfonso XI, muerto a causa de la epidemia en el cerco de Gibraltar en 1350...

En la relación campo-ciudad, esta última parece haber tenido también el dudoso privilegio de verse más afectada por la plaga. Es, en cualquier caso, para los núcleos urbanos o semiurbanos para los que contamos con una documentación más explícita. La mayor concentración de población favorecería, lógicamente, el contagio. En función de ello, las comunidades monásticas fueron particularmente golpeadas. En Inglaterra —uno de los países donde mejor se han estudiado los efectos de la Peste Negra—, el número de monjes y canónigos regulares en la segunda mitad del siglo XIV había disminuido un tercio en relación con la centuria anterior. Los centros religiosos femeninos no sufrieron menos, como el convento de Wothorpe, en las cercanías de Stamford, casi arrasado por la peste y cuya comunidad —reducida a una sola monja— hubo de ser disuelta.

Verificar el número de bajas producto de las oleadas de peste (en especial la de 1347-1352) resulta una tarea ardua a la que la investigación histórica ha dedicado parte de sus inquietudes en los últimos tiempos, con resultados, muchas veces, poco alentadores. En efecto, para el Bajo Medievo no contamos con censos en el sentido moderno del término, sino solamente con listas de hogares, evaluaciones de rentas y unos registros parroquiales muy fragmentarios que, sólo desde el siglo XVI, tendrán un carácter sistemático.

Con estos elementos se ha tratado de llegar a una comprensión global de los resultados de la crisis demográfica. Autores como M. K. Bennet y J. C. Russell han afirmado que, desde el año 1000 hasta el 1300, la Europa occidental mantuvo un regular ritmo de crecimiento demográfico. A mediados del siglo XI el número de habitantes oscilaría entre cuarenta y dos millones (según Bennet) y cincuenta y dos millones (según Russell). Rondarían entre los setenta y tres millones (para Bennet) y ochenta y cinco millones (para Russell) en vísperas de las grandes epidemias. Hacia 1350, el número de habitantes, según Bennet, había disminuido a cincuenta y un millones. El descenso, aunque de forma menos acusada, proseguiría en los años siguientes, hasta alcanzar en 1400 los cuarenta y cinco millones. Para Russell serían cincuenta y dos millones en esta última fecha. En cualquier caso se trataría de una cifra sensiblemente inferior a la de comienzos de la centuria.

¿Cuál sería la distribución aproximada del número de bajas por regiones? De entrada, conviene ponerse en guardia sobre dos hechos: el primero, que ciertos datos demasiado llamativos no deben ser tomados como norma general. Tal es el caso de la localidad borgoñona de Givry, cuyo registro parroquial da, para años normales, una veintena de defunciones y para 1348 hasta seiscientas cuarenta y nueve; el segundo, que las diferencias de tipo cantonal debieron ser sumamente marcadas. Así, la localidad de Garges, cercana a un París muy afectado por la epidemia, presenta en su padrón de 1351 hasta dos tercios de nombres idénticos a los de veinte años atrás. Muestra de una gran estabilidad demográfica en el lugar. Milán, en las cercanías de ciudades apestadas, también se vio libre de la epidemia...

De los grandes conjuntos políticos del momento, Inglaterra —el más compacto de todos— ha sido uno de los mejor estudiados, entre otros especialistas por J. C. Russell. El incremento demográfico desde fines del siglo XI (redacción del *Domesday Book*) hasta 1347 duplicó el número de habitantes: de 1,8 a 3,7 millones. La oleada de peste de 1348-1352 haría disminuir la población en un 20 por 100 al menos. Algunas zonas, como un cantón del condado de Surrey —con una mortalidad entre diez y quince veces superior a la de época normal—, se verían particularmente afectadas. En la vecina Escocia, entre 1349 y 1362, la población, según un dicho popular, disminuyó un tercio: *En Escocia, la pestilencia / con tan gran violencia / atacó a todos los habitantes / a un buen número de los vivientes / hombres, mujeres e infantes.*



San Roque, patrón de los apestados (por Carlo Crivelli, siglo XV, Galería de la Academia, Venecia)

El caso francés, por la mayor variedad territorial, resulta más complejo de analizar. La población de L'Ile de France —centro político del país— parece que se vio reducida en un 50 por 100 desde 1348 a 1444. En Normandía, las parroquias rurales conocieron una fuerte baja de su población entre 1328 y 1365. La región de Forez, vecina a la Auvernia, entre 1347 y 1415 sufrió hasta treinta y cuatro años de epidemia. Borgoña contaba en 1375 con la mitad de hogares que un siglo antes. Para el Languedoc, distintos estudios, como los de Le Roy Ladurie, han llegado a la conclusión de que el óptimo se alcanzó hacia 1328, con 1,5 millones de almas. Un siglo más tarde —epidemias por medio— la población no rebasaría el millón. Algunas de sus ciudades sufrieron extraordinariamente: Montpellier padeció en torno a 1400 cinco oleadas mortales, y Toulouse (según datos recogidos por Ph. Wolff), con unos treinta mil habitantes en 1335, no tendría más de ocho mil en 1430... En Provenza, la crisis demográfica iniciada en 1320 se agudizó con la Peste Negra. El condado de Niza perdió hasta dos tercios de su población. Sólo algunas regiones, como el Bearne, parece que se vieron libres de la plaga. En colaboración ésta con las operaciones militares daría lugar a que la población francesa en torno a 1400 fuera entre un tercio y la mitad inferior a la de 1340.

Sobre los Países Bajos, los efectos de la mortandad se reparten de forma irregular. A excepción de Ypres, Tournai, Deventer y Frisia, el territorio parece poco afectado.

En territorio alemán, el gran número de despoblados habla por sí solo de la gran cantidad de localidades de las que, después del siglo XIV, sólo se conservó el nombre. El 40 por 100 de los pueblos entre el Weser y el Elba desaparecieron. (En Turingia, de 179 lugares habitados en la Alta Edad Media, 146 habían desaparecido en 1600.) En el suroeste padecieron la misma calamidad entre un 20 y un 30 por 100 de las localidades. En algunas zonas como Alsacia, a la peste se unió la emigración a las ciudades como coadyuvante en el despoblamiento campesino. En el medio urbano, particularmente en las ciudades de la Hansa, estudios como los de H. Reincke han llegado a la conclusión de que disminuyó hacia 1350 hasta un 50 por 100 la población.

En la fragmentada Italia, primera víctima europea de la peste, la epidemia contribuyó, junto con la guerra y la concentración fundiaria, al vacío de numerosas localidades sicilianas. En el territorio peninsular —Florencia y las localidades cercanas de Prato y Pistoia— las bajas oscilan sensiblemente. En la ciudad de los Medicis, en 1347 se dice que murió uno de cada veinte habitantes. El entorno rural de Pistoia a lo largo de la segunda mitad del siglo XIV vio reducida su población en las dos terceras partes. Bolonia y la Romaña se vieron también seriamente afectadas desde un principio.

En las áreas de más tardía incorporación a la sociedad occidental, el impacto de la epidemia se amortigua. El sur de Polonia y algunos rincones de Bohemia se libraron de la plaga. Y en cuanto a los Estados escandinavos, los efectos de la peste fueron pasajeros y no parecen los principales causantes de la depresión económica.

En el campo de las relaciones sociales y económicas, la crisis demográfica que azotó a Europa a mediados del siglo XIV, a mediados del XV tuvo una importancia clave.

Villages desertés en Francia, *lost villages* en Inglaterra, *wüstungen* en Alemania, *despoblados* en Castilla... marcan el paisaje geográfico de la Europa del momento. Los depósitos de polen de las turberas de Roten Moor, en Alemania, denuncian un retroceso de los cereales entre 1350 y 1420 y un avance consiguiente de las especies silvestres. El espacio cultivado europeo en líneas generales sufrió seria regresión. Sin embargo, en el estado actual de la investigación es difícil fijar una cronología precisa de los abandonos de tierras y conocer en cada uno de los casos las razones de tales abandonos. ¿La crisis de producción, resultado de las dificultades climáticas o de unas prácticas poco racionales de explotación? ¿La emigración hacia las ciudades? ¿Las oleadas epidémicas? ¿La guerra?

Cualquiera que fuese el origen del movimiento despoblador —la peste, ya adelantamos, puede considerarse como el fenómeno culminador de una crisis gestada desde tiempo atrás—, los vínculos tradicionales del sistema de producción feudal clásico quedaron seriamente deteriorados.

La mayor abundancia relativa de tierras y la relajación de ciertos usos y prestaciones personales favorecieron, sin duda, a un sector del campesinado. Los poderes públicos, por su parte, optaron por la adopción de medidas coercitivas ante la falta de mano de obra y las crecientes exigencias de ésta.

En virtud de ello, Eduardo III de Inglaterra promulgó en 1349 una *Ordenanza de los trabajadores* al constatar *las necesidades de los señores y la falta de servidores, sólo dispuestos a trabajar por salarios excesivos o, de lo contrario, proclives a la ociosidad y a la mendicidad*... La Ordenanza, enviada a los *sheriffs* del reino, capacitaba a los señores a exigir de sus terrazgueros las prestaciones en trabajo necesarias, a la par que bloqueaba los precios y salarios en la situación de 1347.

Fragmento de una obra de Brueghel el Viejo *que representa los efectos de la peste sobre el cuerpo social europeo del momento (Museo del Prado, Madrid)*

LA PESTE NEGRA EN EUROPA OCCIDENTAL Y CENTRAL

(Según Elisabeth Carpentier)

Valencia NORMANDIA	ciudades regiones	afectadas por la peste	Milán	ciudades regiones	parcial o totalmente libres de la peste

Nota: Las curvas no delimitan zonas precisas, tan sólo señalan la evolución de la epidemia de seis en seis meses.

Tres años más tarde, el Parlamento inglés promulgaba un *Estatuto de los Trabajadores* con vistas a una rigurosa aplicación de la normativa. No parece que tuviera demasiado éxito, en especial en lo referente al freno de los salarios. Rodney Hilton sugiere que la reacción de los campesinos acomodados que usaban mano de obra asalariada, aunque sólo como simple complemento de la mano de obra familiar, diferiría de la actitud de los señores feudales, menos dispuestos a ofrecer salarios más altos. Un estudio de los índices de precios y salarios en las propiedades del obispado de Winchester entre 1300 y 1379 resulta sumamente ilustrativo. A lo largo de estos ochenta años, el salario real, expresado en grano, llega incluso a doblarse.

A corto plazo, las tensiones que estas medidas y sus secuelas provocaron se tradujeron en una serie de manifestaciones de descontento que desembocaron en la gran revuelta de los trabajadores ingleses de 1381...

Medidas similares a las adoptadas en Inglaterra se tomaron en el prebostazgo de París. En una de sus localidades —la abadía de Saint Denis— los salarios se duplicaron en el período 1349-1370, para estabilizarse en los años sucesivos.

En una línea parecida, las Cortes de Valladolid de 1351 adoptarían para la Corona de Castilla unos ordenamientos de menestrales y posturas, a fin de frenar la excesiva subida de salarios y fijar los precios de una serie de productos.

Sin embargo, tanto en Francia como en Castilla, las conmociones políticas y sociales —Jacquerie, guerra civil entre Pedro I y Enrique de Trastámara— responden a circunstancias diferentes a las de la crisis inglesa de 1381.

Aunque las cifras de población anteriores a 1348 tardarán en alcanzarse, desde el segundo cuarto del siglo XV la curva demográfica europea tiende a iniciar una recuperación de conjunto, coincidente con los primeros síntomas de reactivación económica. Se recorrerán, en buena parte, caminos nuevos, fruto de situaciones gestadas en las pasadas calamidades. Tienen, así, un alto significado: la progresión de la ganadería lanar castellana (la oveja merina *hija de la pestilencia,* diría en el siglo XVIII Sarmiento, aunque con evidente exageración); la expansión de los cercamientos de campos (enclosures) en Inglaterra; la reordenación de las relaciones campesino-señor; la concentración de los esfuerzos del campesino en los suelos de mejor calidad; la especialización de cultivos en determinadas áreas, etcétera... Si a ello añadimos la expansión de las viejas ciudades, podemos decir que, desde mediados del siglo XV y recuperándose de las pasadas calamidades, la sociedad europea se encamina a una nueva etapa de la Historia, marcada por los descubrimientos geográficos y la aurora del capitalismo.

Médico concluye la visita a un apestado (del Vanquete de Nobles Caballeros, *por Luis Lobera, siglo XV)*



La muerte negra en la Península

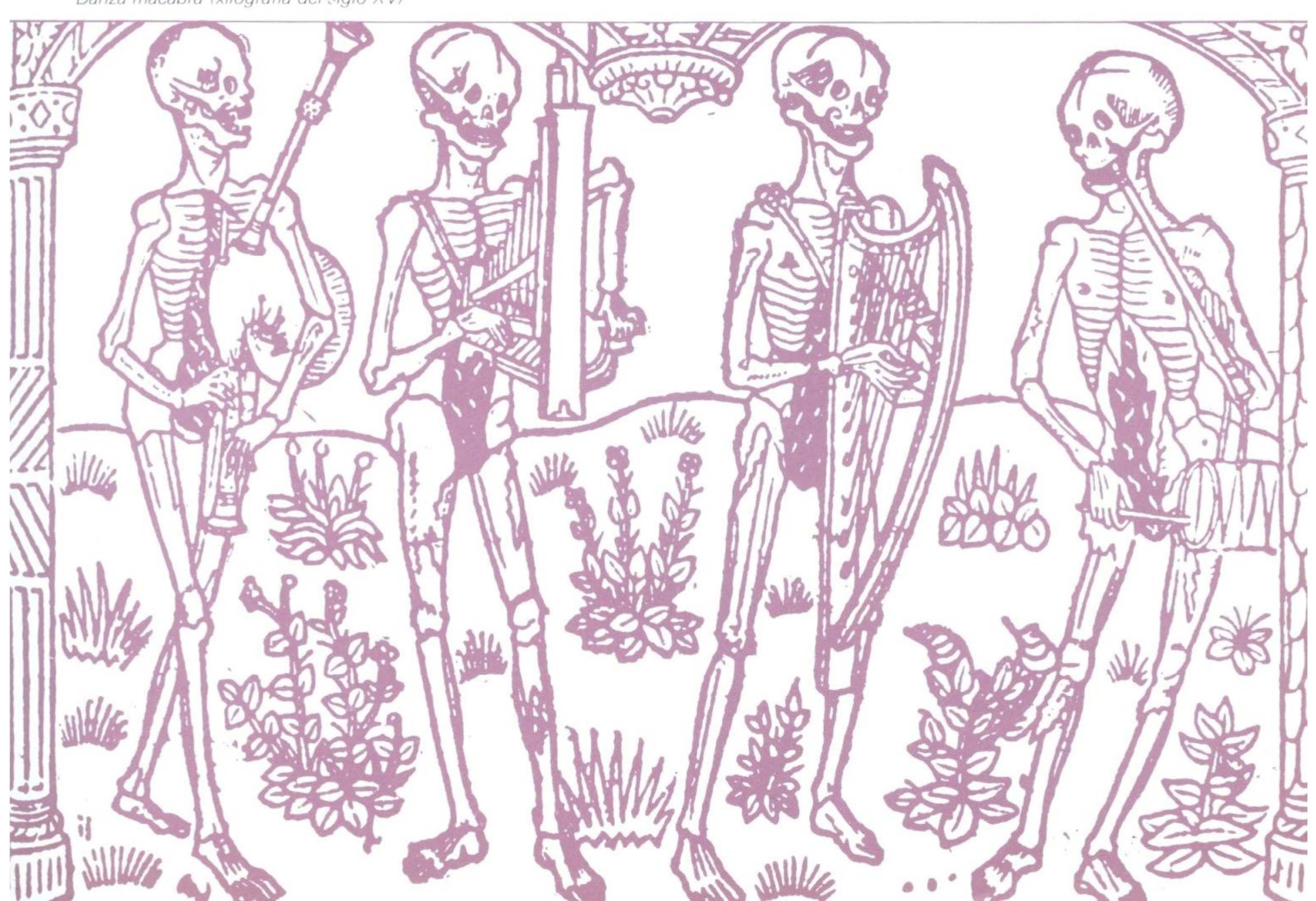
Por Julio Valdeón
Catedrático de Historia Medieval. Universidad de Valladolid

EL hambre, la guerra y la peste constituyen la trilogía de grandes catástrofes tradicionalmente asociadas a esa profunda desgarradura que conoció la Europa feudal en la decimocuarta centuria y que la historiografía denomina *crisis del siglo XIV*. La Península Ibérica no se vio libre de dichos azotes. Aunque con intensidad diversa, según las épocas y las regiones, los reinos hispánicos vivieron en el siglo XIV numerosos períodos de malas cosechas y hambres subsiguientes (los *malos años* de los documentos), interminables guerras que ocasionaron enormes destrozos, ante todo en el medio rural, y la proliferación de pestes mortíferas. De todas éstas, la que causó mayor impacto fue, sin ningún género de dudas, la difundida a mediados de la centuria, la tristemente célebre Peste Negra. Fue tal la impresión que produjo a quienes la conocieron que hicieron de ella el punto de partida de los posteriores ramalazos pestilentes, llamándola *la primera mortandad. Esta fue la primera et grande pestilencia que es llamada mortandad grande,* dice la crónica del monarca castellano Alfonso XI, añadiendo a continuación que causaba estragos desde 1348 *en las partes de Francia et de Inglaterra, et de Italia, et aun en Castiella, et en León, et en Extremadura, et en otras partidas.*

Cronología e itinerario

No es fácil reconstruir ni la cronología ni el itinerario seguidos por la Peste Negra en su propagación por la Península Ibérica. Las fuentes más antiguas acerca de la epidemia datan de marzo de 1348, en tanto que los testimonios más tardíos se refieren a marzo de 1350. De acuerdo con esta información, la Peste Negra habría actuado en las tierras peninsulares durante un período de dos años como mínimo. Si prestamos nuestra atención al itinerario de la mortandad, observaremos cómo puede reconstruirse, en sus líneas generales, el de la Corona de Aragón, que ha conservado fuentes mucho más explícitas, pero no el de los restantes reinos hispánicos.

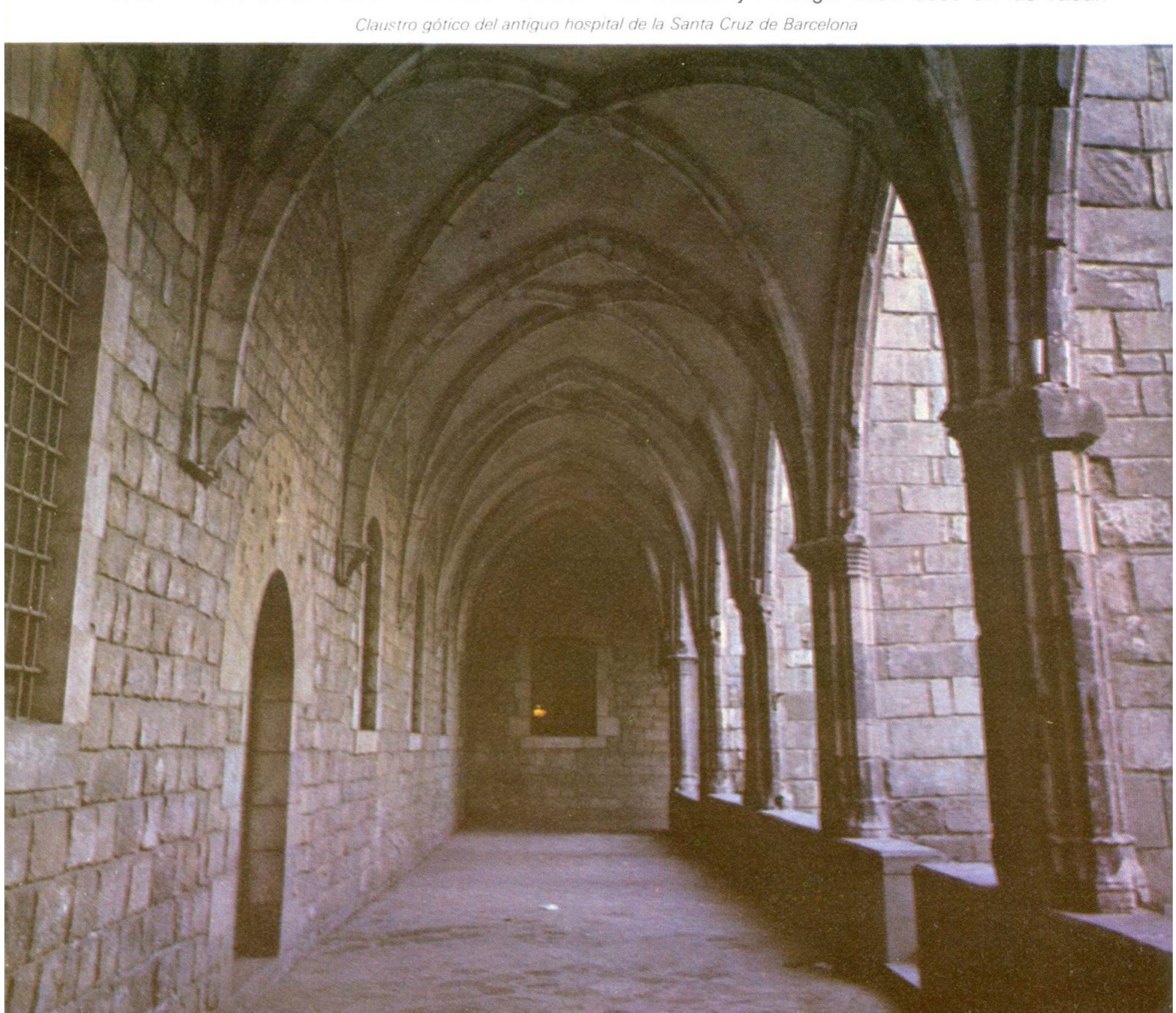
Danza macabra (xilografía del siglo XV)



La peste se propagó al Occidente de Europa a través del Mediterráneo. No tiene por ello nada de extraño que las primeras tierras hispánicas afectadas fueran las islas Baleares, concretamente Mallorca. Allí, en la villa marinera de Alcudia, falleció a fines de marzo de 1348 un tal Guillem Brassa, la primera víctima documentada. Poco tiempo después prendió en la Península. En los primeros días de mayo está documentada la presencia de la *muerte negra* en la costa catalana (en concreto en Barcelona y en Tarragona). En el mismo mes, aunque en día no precisado, la peste actuaba en la ciudad de Valencia. En el citado mes de mayo de 1348 había llegado al sur de la Península, pues, según el testimonio transmitido por Ibn Hatima, estaba causando víctimas en la ciudad musulmana de Almería. Volviendo al ámbito de la Corona de Aragón, sabemos que la epidemia se difundió desde la zona litoral hacia las regiones del interior. Es probable que desde Barcelona se propagara a Lérida y desde esta población a Huesca, donde nos consta su presencia a finales de septiembre. Más tarde se extendería a Zaragoza, adonde llegó cuando el monarca Pedro IV estaba reunido con las Cortes de Aragón. *Estant en los tractaments de les dites corts comença la gran mortaldat*, se lee en la Crónica del Ceremonioso. Esto sucedió, presumiblemente, entre fines de septiembre y comienzos de octubre de 1348. Simultáneamente, la peste se habría propagado desde Valencia a Teruel, víctima de sus estragos, al parecer, desde fines de julio. Señalemos, por último, que las tierras aragonesas fueron, según todos los indicios, la antesala de Navarra, adonde la mortandad llegaría hacia el mes de octubre.

Es mucho más difícil reconstruir el itinerario seguido por la mortandad en el reino castellano-leonés, en el reino de Portugal o en la Granada nazarita. Por de pronto, la referencia antes citada sobre la presencia de la peste en Almería no tiene continuidad en otras fuentes de información. Asimismo, el dato ofrecido por la crónica de Alfonso XI, cuando afirma que en 1348 la epidemia actuaba en Castilla, León y Extremadura, resulta demasiado escueto y parcial, y de él se obtienen muy pocas conclusiones. El profesor Ubieto ha intentado reconstruir el itinerario de la Peste Negra en tierras de Castilla y Portugal basándose en las vacan-

Claustro gótico del antiguo hospital de la Santa Cruz de Barcelona



Hospital medieval (miniatura del siglo XV)



Mendigos medievales según el retablo de San Antonio (Museo de Arte de Cataluña)

tes producidas en las sedes episcopales. Pero estos datos, aparte de imprecisos, pueden estar en contradicción con otras fuentes, por lo que resulta muy arriesgado deducir que el fallecimiento de un determinado obispo se debió necesariamente a la peste. Así, la probable presencia de la epidemia en Santiago de Compostela entre los meses de marzo y julio de 1348, que, según Ubieto, pudo haber sido llevada por un peregrino, se contradice con lo que se lee en los documentos. Según un testimonio aportado por el profesor Portela, la mortandad no pudo llegar a Galicia como mínimo antes de finales de julio de 1348 (*despoys de esto...* [el día de Santiago de julio] ... *que veera ao mundo tal pestilencia e morte ennas gentes*) y, lo más probable, no antes de octubre. A partir de octubre, la peste, según diversos indicios, había llegado a tierras asturianas, leonesas y del norte de Portugal. La siguiente indicación cronológica acerca de la mortandad data de los meses de junio y julio de 1349, época en la que murieron varios miembros de la comunidad judía de Toledo. *Sucumbió de la peste, que sobrevino con impetuosa borrasca y violenta tempestad,* se lee, por ejemplo, en la inscripción funeraria de David ben Josef aben Nahmias. La última referencia procede de los primeros meses de 1350. La Peste Negra, por esas fechas, estaba presente en la zona próxima a Gibraltar, cobrándose entre otras víctimas al propio rey de Castilla Alfonso XI.

Consecuencias demográficas de la Peste Negra

Ciertas interpretaciones simplistas hicieron de la Peste Negra el punto de partida de la crisis del siglo XIV. Ese punto de vista ha sido completamente abandonado por la historiografía contemporánea. Pero eso no significa negar que las mortandades del siglo XIV, y en primer lugar la más importante de todas, la Peste Negra, tuvieron una incidencia muy acusada en diversos aspectos, desde los estrictamente demográficos hasta los relacionados con la psicología colectiva y las manifestaciones de la vida del espíritu.

Sin duda fue en el terreno demográfico donde el impacto de las mortandades se hizo sentir de manera más directa. Medir su alcance efectivo es, no obstante, sumamente difícil, pudiéndose señalar a lo sumo algunas tendencias indicativas. Así se piensa que, en general, la epidemia causó mayores estragos en las zonas litorales que en las interiores. Igualmente se estima que la pestilencia se propagaba con mayor facilidad en los núcleos urbanos, en los que el contagio era mayor que en los rurales. Por lo que se refiere a su incidencia social, parece que sus efectos fueron más acusados entre las capas populares que entre los poderosos. No obstante, hasta los reyes podían sucumbir a la epidemia, según se vio en el caso de Alfonso XI de Castilla. Los judíos, acusados de provocar el mal, no fueron respetados por la mortandad, lo que se comprueba analizando las inscripciones funerarias del cementerio hebraico de Toledo. De un total de 25 inscripciones fechadas entre 1205 y 1415, nueve son del año 1349, indicándose en todos los casos que aquéllos murieron a consecuencia de la peste.

Cuantificar la mortandad causada por la Peste Negra es de todo punto imposible, salvo, a lo sumo, para determinados ámbitos regionales o locales. Por lo que se refiere a los reinos peninsulares, los estudios de esta naturaleza afectan, preferentemente, a la Corona de Aragón. Recordemos algunos ejemplos significativos. Entre 1342 y 1385 la población de Teruel disminuyó en un 37 por 100 y, si tenemos en cuenta el conjunto formado por la ciudad y sus aldeas, en un 35,8 por 100, según investigaciones de Russell. Aunque la Peste Negra no fuera la única responsable de ese descenso, producido en el transcurso de casi medio siglo, cabe pensar que su protagonismo en el mismo fue muy grande. En la plana de Vic, según los trabajos realizados por Pladevall, la población experimentó un retroceso espectacular a consecuencia de la Peste Negra, pasando de unos 16.500 habitantes antes de la primera mortandad a sólo unos 5.500 con posterioridad a la misma, lo que representaría la pérdida de unos dos tercios de sus efectivos demográficos. En Mallorca, de acuerdo con los estudios de Santamaría, perecieron el 4,4 por 100 de los habitantes de la ciudad de Palma y el 23,5 por 100 de los residentes en los núcleos rurales. Si de la Corona de Aragón pasamos al reino de Navarra, encontraremos un panorama semejante. Así, en la merindad de Estella, basándonos en los datos aportados por Carrasco, hubo un brusco descenso poblacional entre 1330 y 1350, siendo lógico pensar que la causa principal del mismo fuera la gran mortandad. Claro que, en sentido contrario, hay igualmente algunos ejemplos ilustrativos de regiones o de comunidades poco afectadas por la pestilencia. En la plana de Castellón, como ha demostrado Doñate, no hubo mortandad por este motivo y apenas causó víctimas entre los Hospitarios de Aragón, como ha probado Luttrell.

La mortandad ha sido igualmente estudiada a través de caminos indirectos, como las vacantes en los cargos eclesiásticos o municipales, la multiplicación de los testamentos, el aumento del número de huérfanos, etc., aunque es muy difícil efectuar progresos importantes en el terreno de la cuantificación de las mortandades. Parece, en cambio, más fructífera la investigación acerca de los despoblados. En principio hay que admitir que





Judíos españoles, según detalle del maestro Borrassá (Catedral de Tarragona) (arriba). *Alfonso XI de Castilla, según miniatura del* Libro de la Montería, *siglo XIV (Biblioteca de Palacio, Madrid)* (derecha). *Carraca catalana del siglo XIV, según detalle del retablo de Santa Ursula, por Joan Rexach (Museo de Arte de Cataluña. Barcelona)* (abajo)



existe una estrecha relación entre la propagación de epidemias de mortandad y el incremento del número de despoblados. Es evidente que éstos pueden producirse en cualquier época y obedecer a las más variadas causas. El abandono de un lugar raramente se produce de golpe. Lo habitual es que a la despoblación se llegue a través de un proceso, más o menos largo, por lo que difícilmente puede achacarse a la Peste Negra un papel de protagonismo exclusivo. Pero no es menos cierto que la *primera gran mortandad* incidió de forma directa en el proceso despoblador, realidad indiscutible en los reinos hispánicos desde mediados del siglo XIV. Cabrillana, el principal estudioso de los despoblados en la Península Ibérica, ha afirmado categóricamente que *la aparición en España de la Peste Negra borró del mapa, para siempre, buena cantidad de lugares*. Conviene advertir, sin embargo, que el abandono de un núcleo de población no presupone necesariamente que todos sus habitantes hubiesen fallecido. Con frecuencia se despoblaban aquellos lugares con unas condiciones de explotación de la tierra poco favorables, por más que la presencia de la epidemia fuera el aldabonazo definitivo.

En Cataluña, numerosas tierras quedaron abandonadas a raíz de la propagación de la Peste Negra. Son los *masos rònecs* de los documentos, que tanta importancia tuvieron, algunos años más tarde, en la génesis del alzamiento remensa. Por lo que se refiere a Portugal, I. V. Gonçalves ha aportado testimonios documentales de numerosos lugares que se despoblaron tras el impacto de la pestilencia (Ponte de Lima, Santar, Vale de Lobo, Ferreira, etc.). En los libros de cuentas del cabildo catedralicio de Burgos del año 1352, el racionero inscribió como vacías a diversas heredades, presumiblemente a consecuencia de la Peste Negra. El Becerro de las Behetrías, confeccionado hacia 1352, registra numerosos núcleos de población de la cuenca del Duero abandonados, acaso a raíz de la gran mortandad. En algunos casos se menciona explícitamente la peste, como en Estepar, del que se dice: *desde la mortandad acá non pagan martiniega que se hyermó el dicho lugar*. En el obispado de Palencia, Cabrillana, contrastando una estadística de la citada diócesis del año 1345 con el mencionado Becerro de las Behetrías, ha llegado a la conclusión de que sobre un total de 420 lugares que figuran en el primer testimonio documental, 88 habían desaparecido en el segundo, es decir, el 20,9 por 100. La causa de dicho abandono no podía ser otra sino la difusión de la Peste Negra en el territorio aludido. Es posible que estas conclusiones deban de ser matizadas (algunos núcleos de población no figuran en el Becerro por razones que ignoramos, pero no porque se hallasen deshabitados; el proceso despoblador en la Tierra de Campos venía de atrás, etc.), pero en cualquier caso la incidencia de la mortandad parece evidente.

Otro aspecto demográfico, relacionado con la propagación de la Peste Negra, fue la acentuación del proceso migratorio del campo a la ciudad. Nada importaba que en los núcleos urbanos las posibilidades de contagio fueran mayores. Las gentes que huían despavoridas de las miserables aldeas creían encontrar en las ciudades no sólo un trabajo mejor remunerado (por el alza de los salarios de los menestrales), sino también un apoyo psicológico a su desamparo. Esta corriente migratoria hacia las ciudades ha sido probada, entre otros, por Cuvillier, al estudiar el caso de Vic.

Consecuencias económicas y sociales

La Peste Negra tuvo, asimismo, importantes consecuencias de carácter económico y social en la Península Ibérica. Aunque la *gran mortandad* no fuera el punto de partida de una profunda crisis, que arrancaba de atrás y tenía otras motivaciones en su génesis, vino a acentuar sin duda el desarrollo de un proceso de claro signo depresivo. Ahora bien, la influencia de las pestilencias no fue en todos los casos negativa. Se beneficiaron de las mismas

Interrogatorio de un judío, según un retablo anónimo (Museo de Bellas Artes, Zaragoza)

Representación gráfica de personajes judíos españoles, según retablo de Jaume Huguet (Catedral de Barcelona)

PERSECUCIONES CONTRA LOS JUDIOS (Abril 1348 - Diciembre 1349)

(Según Jean-Nöel Biraben)

aquellos que pudieron aumentar su patrimonio inmobiliario, al incorporarse heredades de parientes fallecidos. También salió ganando de la Peste Negra la ganadería lanar, cuya expansión, según algunos autores, tuvo mucho que ver con la propagación de la *gran mortandad*. No obstante, a la hora de calibrar el impacto de la Peste Negra prevalecieron sin duda los aspectos negativos. Fueron éstos, limitándonos a los más significativos, el brusco aumento de los precios y de los salarios, el retroceso de la producción agraria, la caída de las rentas señoriales y la acentuación de la conflictividad social, puesta de manifiesto inmediatamente en los *pogroms* antijudaicos.

La difusión de la Peste Negra tuvo un efecto inmediato en la vida económica de los reinos hispánicos. Por de pronto se produjo un incremento impetuoso tanto en los precios de los productos agrarios y manufacturados como en los salarios de jornaleros y menestrales. En la plana de Vic el precio de la *quartera* de trigo pasó de cinco a quince sueldos en el período comprendido entre julio de 1348 y julio de 1349. En las Cortes de Valladolid de 1351 se dijo que los jornaleros del campo *demandan presçios desaguisados... en manera que los duennos de las heredades non lo pueden cumplir*, en tanto que *los menesteriales... vendían las cosas de sus offiçios a voluntad et por muchos mayores presçios que valían*. Esta situación, fruto de la carestía alimenticia y de la disminución de la mano de obra, impulsó a los poderes públicos a tomar medidas urgentes. En un corto período de tiempo, de un extremo a otro de la Península se dictaron numerosos ordenamientos de precios y de salarios, que pretendían contener la inflación, al tiempo que se regulaba severamente el régimen laboral. Medidas de ese tipo se tomaron en el reino de Aragón (Cortes de Zaragoza de 1350), en el de Castilla (Cortes de Valladolid de 1351), en el de Portugal, en Mallorca, etc. Claro que las disposiciones oficiales de poco servían, pues los precios y los salarios, particularmente estos últimos, continuaban disparándose.

La *gran mortandad* y el proceso de despoblación rural que le siguió repercutieron sin duda en la producción agraria, que experimentó, en términos generales, un retroceso, imposible de cuantificar, pero claramente perceptible en la documentación de la época. Los *masos* abandonados que registran las fuentes catalanas, las heredades vacías de que se habla en los testimonios documentales castellanos y, en general, las tierras que se dejaron de cultivar en los lugares despoblados se tradujeron, de manera inmediata, en una disminución global de la producción agraria. Paralelamente la vegetación natural recuperaba su predominio en numerosos lugares. Hablando de Portugal, Oliveira Ramos ha llegado a afirmar, no sin exageración, que la Peste Negra *marca el fin de la época agraria y el comienzo del predominio de la ciudad*.

La caída de las rentas señoriales, fenómeno característico de la decimocuarta centuria, según ha puesto de relieve la historiografía contemporánea, está asimismo relacionada con la Peste Negra. La mortandad supuso para los señores una disminución del número de sus dependientes y, por tanto, una merma de sus rentas. *De las mortandades acá* —se lee en las Constituciones del obispo ovetense D. Gutierre del año 1383— *han menguado las rentas de nuestra Eglesia cerca la meatad dellas, ca en la primera mortandad fueron abaxadas las rentas de tercia parte, e después acá lo otro por despoblamiento de la tierra...* En las tierras aragonesas de los Hospitalarios, los arrendatarios no pudieron hacer frente a las obligaciones contraídas, por lo que disminuyeron los ingresos de la Orden. También perjudicó a

Los hospitales medievales

LA asistencia sanitaria prestada en las instituciones hospitalarias existentes durante el período medieval sería puesta a prueba de forma determinante supuesta por la incidencia de la denominada Peste Negra. Dentro del particular conjunto peninsular, era Cataluña la que presentaba un conjunto más completo —y aún contando con las deficiencias estructurales dominantes— y perfeccionado en este plano concreto.

En un principio, los escasos hospitales existentes eran administrados exclusivamente por órdenes religiosas, o por elementos seglares y laicos conjuntamente. Más tarde, pasarían en una destacada proporción a depender de las correspondientes municipalidades dentro de cuyo territorio se encontrasen.

Dotados todos ellos de medios aportados con carácter altruista y caritativo, los hospitales del Medievo se mantenían en medio de una permanente situación de precariedad y deficiencia. Esto incidía obviamente de forma negativa sobre las personas en ellos ingresadas. Los efectos de la peste pondrían de manifiesto la presencia de estas carencias de la forma más dramática, y obligarían por tanto a una reconsideración de las funciones a cumplir por parte de estas instituciones asistenciales.

la clase señorial el alza de los precios y de los salarios, pues sus ingresos procedían, en una parte sustanciosa, de tributos fijos.

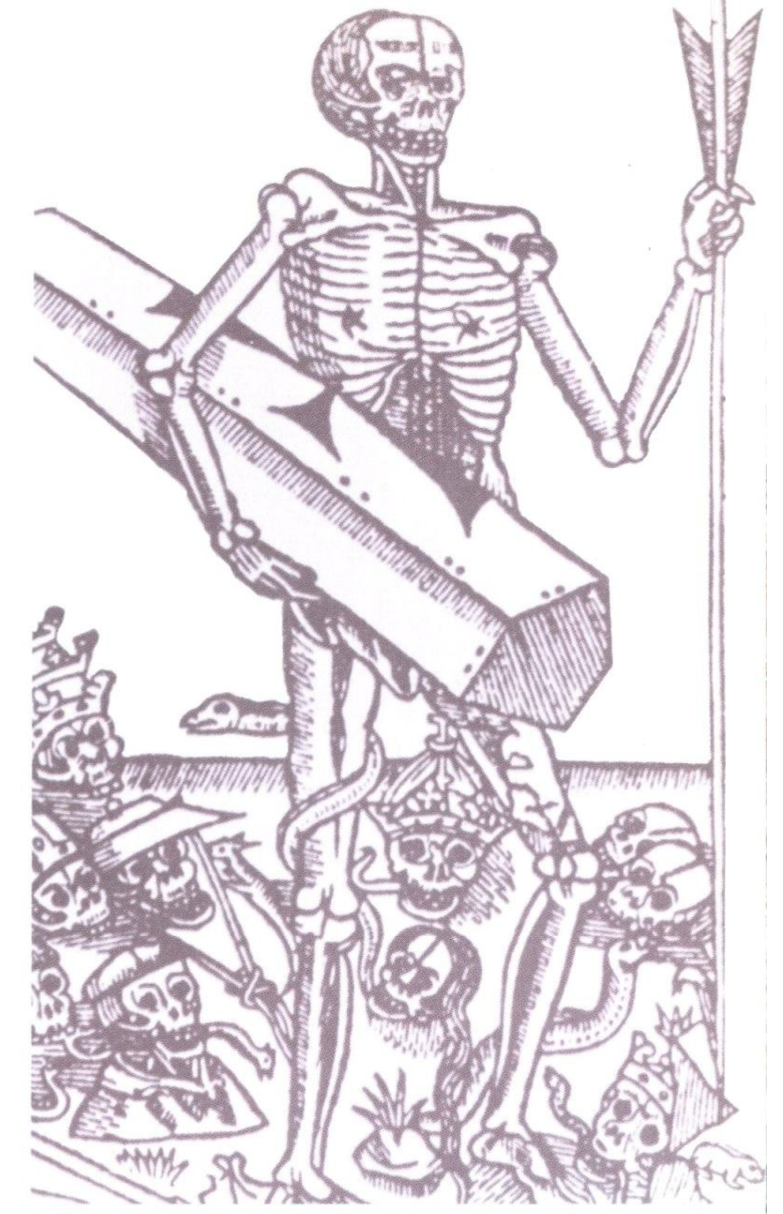
En el terreno social, la propagación de la Peste Negra tuvo una incidencia inmediata. La acusación lanzada contra los judíos, a quienes se achacaba el origen de la epidemia, aunque no se apoyaba en ninguna prueba concluyente, prendió rápidamente en la sensibilidad popular, propicia a las iras antisemitas. De ahí que en el mes de mayo de 1348, apenas unos días más tarde de la aparición de la peste en la ciudad, el *call* o aljama judaica de Barcelona fuera asaltado. La ola antisemita se extendió al resto de Cataluña, afectando a los *calls* de Cervera y Tárrega y, en menor medida, a los de Lérida y Gerona. En tierras de la Corona de Castilla, por el contrario, no hay noticias de furores antisemitas. No obstante, en 1354 se registró un ataque a la judería de Sevilla, pudiendo sospecharse que fuera consecuencia lejana del clima creado a raíz de la difusión de la Peste Negra.

La peste, una realidad cotidiana

Las fuentes documentales de la segunda mitad del siglo XIV nos han transmitido abundante información de los ramalazos pestilentes que asolaron a los diversos reinos hispánicos. Con frecuencia aproximadamente decenal, una nueva mortandad se abatía sobre un determinado territorio de la Península Ibérica o sobre el conjunto de ella. Ahora bien, ninguna de las nuevas oleadas pestilentes alcanzó la magnitud de la Peste Negra. Si los cronistas reseñaron puntualmente todos los brotes de mortandad posteriores a 1350, quizá fuera por el enorme impacto que la *muerte negra* les causó.

En la Corona de Aragón la peste se difundió nuevamente en torno a los años 1362-1363. Sus víctimas principales, al menos por lo que se refiere a Cataluña, fueron los niños. Por las mismas fechas se registró en Navarra otro brote epidémico. El médico converso Juan de Aviñón, residente en Sevilla, afirmaba que entre 1363 y 1364 *fue gran mortandad de landres en las ingles y en los sobacos* en aquella ciudad. Pero quizá esta epidemia afectó a todo el reino de Castilla. Cuando el monarca castellano Pedro I solicitó al concejo de Sahagún, en 1364, que le enviara 30 ballesteros, le respondieron que la villa estaba *muy pobre e menguada, non aviendo y gentes segund que de antes de las mortandades avía, porque los más dellos eran muertos*.

En la década de los setenta reapareció la peste. En 1371 estaba causando estragos en el campo catalán (fue la denominada mortalidad *dels mitjans*). En 1373-1374, un cronista castellano afirmaba que la tierra padecía la tercera mortandad. Hacia 1380, las actas municipales de Murcia hablaban de *la gran presencion de la mortandat que ha seydo e es aun agora en esta dicha cibdat*. En 1381 había peste en tierras catalanas; en 1382, en Navarra, y en 1384, en el reino de Aragón. En los últimos años del siglo XIV, una vez más surgieron brotes epidémicos en diversos lugares de la Península, desde los campos de Cataluña hasta los de Sevilla.



La figura de la muerte con una gran flecha en la mano izquierda, símbolo de la peste, según una alegoría renacentista

La peste era un fenómeno endémico, que reaparecía cada poco tiempo. Pero la repetición de oleadas de mortandad que afectaron a los reinos hispánicos en la segunda mitad del siglo XIV puede inducirnos a error. En realidad, las grandes heridas abiertas por la Peste Negra comenzaban a curarse. Durante la primera mitad del siglo XV la Península fue nuevamente azotada, cada cierto número de años, por epidemias de mortandad, y, sin embargo, la recuperación demográfica, en aquellas fechas, era un hecho cierto. También en el orden económico y social se estaba produciendo una adaptación a las nuevas circunstancias. La Peste Negra, con su trágico cortejo de horrores, era ya, desde la perspectiva del siglo XV, un simple recuerdo del pasado.

El impacto de la peste

Por Julio Valdeón

Catedrático de Historia Medieval. Universidad de Valladolid

UN acontecimiento de la magnitud de la Peste Negra, que se difundió en mayor o menor medida por toda la Europa cristiana, no limitó sus efectos a incrementar la mortandad, provocar un alza de los precios y los salarios y debilitar las rentas señoriales. Antes al contrario, su impacto se extendió a todos los aspectos de la vida social, a manifestaciones artísticas. Las propias opiniones de los contemporáneos acerca del origen de la epidemia ya son reveladoras del clima mental dominante en la Europa del trescientos. Incapacitados para ofrecer una explicación racional del fenómeno, los europeos de mediados del siglo XIV acudieron a las interpretaciones más pintorescas. Una de ellas, sin duda muy extendida, consistía en culpar a los judíos del mal, acusándoles de haber envenenado las aguas y corrompido el aire. Es cierto que algunos textos autorizados, como las *Vitae Paparum Avenionensium*, rechazaban rotundamente la idea de que los hebreos hubieran propagado el mal. No obstante, las opiniones de esta fuente pontificia sobre el origen de la pestilencia tampoco eran muy lúcidas, pues afirmaban que la *muerte negra* podía tener su génesis en las constelaciones o simplemente en la puesta en marcha de una venganza divina.

¿Cómo combatir la mortandad? Algunas medidas profilácticas se pusieron, sin duda, en práctica. Pero el remedio al que se acudió con más frecuencia fue de carácter religioso. En una sociedad traspasada en todos sus escalones por las ideas cristianas, y que vivía en diálogo permanente con la Providencia, no tiene nada de extraño que, ante situaciones críticas, como la provocada por la Peste Negra, se solicitara clemencia del Altísimo, organizando procesiones u otros actos similares. Esto se lee, por ejemplo, en el *Decamerón*, cuando Boccaccio, refiriéndose a Florencia, afirma que nada podía contener la propagación de la epidemia, *ni la limpieza de la ciudad, ni la prohibición de entrada a los enfermos, ni las rogativas, procesiones u otras prácticas piadosas*.

Víctimas de un terrible mal cuyo origen desconocían y al que no podían detener en su mortífera expansión, los contemporáneos de la Peste Negra sintieron que el mundo se hundía. Desde nuestra perspectiva resulta muy difícil recrear el ambiente de terror que acompañó a la epidemia en su difusión por Europa. Pero los textos que se han conservado de aquel tiempo indican que se generó un clima al que, no sin cierta exageración, algunos autores han calificado de *angustia existencial*. La Peste Negra inspiró movimientos tan sorprendentes como el de los Flagelantes. Al mismo tiempo la mortandad ejerció una influencia de primera magnitud, tanto en las costumbres como en las mismas creencias religiosas. Pero, por encima de todo, la Peste Negra, y los sucesivos ramalazos pestilentes que le siguieron, hicieron de la muerte un tema de la vida cotidiana y un motivo de inspiración para escritores y artistas.

Flagelantes

En el año 1349, a raíz de la llegada de la Peste Negra y del inevitable pánico que sembró, se gestó un movimiento de corta duración conocido con el nombre de Flagelantes. Bandas de cientos y a veces miles de personas se dedicaron a recorrer los diversos países europeos haciendo penitencia y pidiendo clemencia al Señor. Iban en procesión, llevando cruces, orando, escuchando sermones que predicaban algunos miembros del movimiento y flagelándose. Precisamente de esta última práctica deriva el nombre con que se les conoce. Integrados básicamente por gentes procedentes de las bajas capas sociales, los Flagelantes surgieron casi al mismo tiempo por todas partes, desde Hungría hasta Inglaterra y desde Polonia hasta Francia. Se les solía presentar como procedentes del extranjero, si bien con posteridad se sumaban al movimiento gentes del propio país. Esto quiere decir que ante los cortejos de los Flagelantes las fronteras desaparecían.

¿Cómo vieron los textos de la época este movimiento? Acudamos a una fuente alemana, los *Monumenta erphesturtensia*. En ellos leemos lo siguiente: *El mismo año* (1349), *millares y millares de miserables Flagelantes se difundieron por Turingia y por casi toda Alemania, hasta el punto de que se vio a más de 3.000 cerca de Erfurt, a 6.000 en Guenstaedt, y así en las restantes ciudades. Estos Flagelantes hicieron mucho mal al clero por sus predicaciones y su arrogancia*. El texto citado revela una actitud de abierta hostilidad hacia el movimiento, lo mismo que la mayor parte de las fuentes de la época. Al tono despreciativo con que se les considera se añade la acusación de los males que causaron al clero. Esto se debe, sin duda, a la posición adoptada por la jerarquía eclesiástica respecto a los Flagelantes. El movimiento fue prontamente condenado. El Papa Clemente VI lo definió como una superstición y una creencia errónea, decretando su prohibición, bajo pena de excomunión. Los obispos y gobernantes civiles debían de proceder a su dispersión. Se inició así una persecución contra los Flagelan-

San Sebastián, San Roque y el Santo Job, protectores de los apestados (por Girolamo dei Libri, Verona)

La fuente de la juventud, *según detalle de un fresco del siglo XV (Castillo de Mantua)*



tes, que dio con algunos de ellos en la hoguera.

Ahora bien, ¿era el movimiento de los Flagelantes simplemente un sarpullido pasajero, una manifestación de histeria colectiva provocada por la angustia de la Peste Negra, o, por el contrario, podía apreciarse en el mismo una corriente de pensamiento claramente herética? Los Flagelantes invocaban el socorro de la Virgen y de los santos y albergaban en su seno numerosos elementos místicos, pero al mismo tiempo hacían una severa crítica a la jerarquía eclesiástica. El sentido morboso que indiscutiblemente había en el movimiento iba unido a un anticlericalismo rabioso. Los Flagelantes no sólo acusaban a la Iglesia de descuidar sus deberes, sino que al mismo tiempo afirmaban, preludiando doctrinas de gran predicamento en el futuro, que cualquiera podía conseguir la gracia sin la mediación de la Iglesia, la confesión ni la indulgencia. A los ojos de los Flagelantes la jerarquía parecía superflua, de ahí que ésta reaccionara con energía para cortar de raíz el subversivo movimiento.

El terror causado por la *muerte negra* había desembocado, a través de la aparición de las bandas de Flagelantes, en un terreno inesperado: la puesta al descubierto de males profundos que aquejaban a la Cristiandad y que sólo necesitaban para aflorar una ocasión propicia. El movimiento de los Flagelantes, para muchos un simple estallido de cólera popular (*una enfermedad del pueblo* se le llamó también), había revelado la profunda hostilidad al clero que había entre la gente menuda.

¿Relajación de costumbres o renuncia del mundo?

Si la muerte todo lo arrasaba, ¿qué actitud podían adoptar los supervivientes de tan dura prueba?, ¿apurar al máximo esta vida pasajera, aferrándose a los placeres mundanos, o, por el contrario, retirarse del mundo, preparándose a bien morir y a ganar la vida eterna? Ambos tipos de respuesta, contradictorios entre sí, se dieron en Europa en la segunda mitad del siglo XIV y los primeros años del XV. Los dos eran réplicas, a su modo, al clima de angustia creado por las mortandades y las catástrofes de la decimocuarta centuria.

Frente a los Flagelantes y la exaltación del pietismo, Europa conoció, en los años que siguieron a la difusión de la Peste Negra, el desencadenamiento de un vitalismo explosivo y de una auténtica pasión por el disfrute de los bienes terrenales. Los poderes públicos intentaron, inútilmente, regular el consumo, pretendiendo que éste se adecuara a la estructura social vigente. Las costumbres tradicionales ciertamente se habían relajado.

Mejor que nuestras palabras es escuchar a un cronista de la época, el florentino Mateo Villani, el cual captó espléndidamente el clima creado por la *gran mortandad* en las costumbres de sus conciudadanos: *Podía suponerse que los hombres que habían salvado su vida en los años de la peste, después de haber visto a sus parientes exterminados, se harían mejores, más humildes, virtuosos y católicos, que evitarían el pecado y que estarían plenos de amor los unos para con los otros. Pero ahora que la peste ha cesado se ha producido exactamente lo contrario, pues los hombres, enriquecidos de bienes terrenales, gracias a las herencias y a las sucesiones, y una vez olvidados los sucesos pasados, llevan una vida más escandalosa y más desordenada que antes. Pecan por glotonería, sólo buscan los festines, las tabernas y las delicias en la comida, se visten de formas extrañas, inhabituales e incluso deshonestas. El pueblo menudo, ante la excesiva abundacia de cosas, no quiere ejercer los oficios habituales, exige para su mesa alimentos caros y se admite que las mujeres de baja condición se casen con ricos vestidos que habían pertenecido a damas nobles ya difuntas. Nuestra ciudad se ha abandonado a una vida deshonesta, y de manera similar, o aún peor, acontece en las restantes ciudades y países del mundo.*

Pero el siglo XIV conoció igualmente la exploración de nuevos caminos de la mística. Desde principios de la centuria hasta Ruysbroeck, muerto en 1381, corre un rosario de experiencias anunciadoras de lo que más tarde se llamaría la *devotio moderna*. Paralelamente se formaban fraternidades, como la de los *Hermanos de la vida en común*, que buscaban la santificación personal a través de la meditación y la ascesis. En estos círculos se gestó, a comienzos del siglo XV, la *Imitación de Cristo*, obra probablemente de Thomas Kempis. La renuncia a este mísero mundo alcanzaba unas cotas difícilmente superables. Todas estas corrientes de tipo religioso, que ponían el acento en el desprecio de lo terrenal, ¿no recogían de alguna forma la tragedia vivida por los europeos en el siglo XIV a causa de la difusión de las grandes calamidades, y en primer lugar de las mortandades?

La piedad popular fue asimismo influenciada por el ambiente dominante en la época. Para combatir la angustia individual se intensificaba la vida comunitaria, de ahí la proliferación de las cofradías piadosas a fines de la Edad Media. Los fieles, presas del terror, buscaban ansiosamente una tabla de salvación, que podía proporcionársela lo mismo el culto a la Virgen, en auge desde mediados del siglo XIV, que el contacto permanente con lo sagrado a través de la veneración de las reliquias. Se huía de la muerte, pero el dolor y la tragedia estaban presentes por aquellos predicadores que se complacían en lo morboso. A veces se



La muerte en un grabado de la Glosa Famosísima, *de Jorge Manrique*

describía con tanta minuciosidad la pasión del Señor que el clérigo Olivier Maillard afirmó en un sermón que Cristo había recibido en la flagelación ¡5.475 latigazos! En un clima de esta naturaleza no tiene nada de extraño que prosperasen tanto la superstición como la brujería. Es evidente que todas estas manifestaciones de la religiosidad popular tienen su explicación a partir de la existencia de un clima previo propicio, no pudiendo en modo alguno suponérselas consecuencia sin más de la llegada a Europa de la Peste Negra. Pero la propagación de la *gran mortandad* contribuyó sin duda a acentuar esas condiciones, facilitando el afloramiento de esas corrientes.

La muerte, en la segunda mitad del siglo XIV, estaba a la orden del día. Por ello la literatura y el arte tuvieron que recoger su temática. El clima de horror puesto en circulación por la difusión de la Peste Negra y las restantes mortandades se vio plasmado, desde el punto de vista literario, en el tema de las Danzas Macabras. La muerte invitaba a bailar a los humanos, a los que iba llamando en función de su posición en la estructura social, pues comenzaba por los Papas y los emperadores y concluía por los humildes labriegos. Por lo general, el tema daba pie para efectuar una aguda crítica social de los diversos acompañantes de la muerte, la cual, en última instancia, jugaba un papel democratizador, al igualar, por decirlo con las palabras de Jorge Manrique, a *los que viven por sus manos y los ricos.* Es posible que la primera Danza Macabra elaborada fuera la francesa. La Danza de la Muerte castellana, de autor desconocido, data, al parecer, de comienzos del siglo XV.

También el arte recogió la herencia de las mortandades. El esqueleto o el cadáver putrefacto, el rostro carcomido, etc., son figuras que se multiplican desde finales del siglo XIV. A través de ellas los artistas deseaban recordar a sus semejantes el fin que aguardaba a todos los mortales. Las pinturas murales del camposanto de Pisa, atribuidas a Traini, constituyen un buen testimonio de la presencia viva del tema de la muerte en la Europa del siglo XIV. En la decimoquinta centuria la nota distintiva de las esculturas fue, en contraste con el sereno clasicismo del siglo XIII, la melancolía, expresión inequívoca de un mundo doliente que, no obstante, se resistía a ser víctima de la tragedia.

Otras muchas manifestaciones de la vida del espíritu recibieron asimismo el impacto de las pestes. ¿Cómo no recordar el éxito alcanzado a fines del siglo XIV por el *Dies Irae,* canto fúnebre que remontaba como mínimo al siglo XII, pero cuya expansión definitiva sólo se produjo en la Europa abatida por las mortandades?

Bibliografía

Aragoneses, M. J., *Movimientos y luchas sociales en la Baja Edad Media,* Madrid, C.S.I.C., 1949. Bozal, V., *Historia del arte en España,* volumen I, Madrid, Istmo, 1978. Chaunu, P., *La expansión europea (siglos XIII-XV),* Barcelona, Labor, 1972. Deyermond, A., *La Edad Media,* en *Historia y crítica de la literatura española,* Barcelona, Crítica, 1979. Ganshof, F. L., *El feudalismo,* Barcelona, Ariel, 1981. Garraty, J. A., y Gay, P., *El mundo medieval,* Barcelona, Bruguera, 1981. Heers, J., *Occidente durante los siglos XIV y XV. Aspectos económicos y sociales,* Barcelona, Labor, 1976. Hodget, G. A. J., *Historia social y económica de la Europa medieval,* Madrid, Alianza, 1974. Huizinga, J., *El otoño de la Edad Media,* Madrid, Revista de Occidente, 1973. Martín, J. L., *La Península en la Edad Media,* Barcelona, Teide, 1984. Mitre, E., *Introducción a la historia de la Edad Media europea,* Madrid, Istmo, 1976. Oakley, F., *Los siglos decisivos. La experiencia medieval,* Madrid, Alianza, 1980. Pirenne, H., *Las ciudades medievales,* Madrid, Alianza, 1975. Renouvard, Y., *Los papas de Aviñón,* Buenos Aires, Mirasol, 1961, Suárez, L., *Historia social y económica de la Edad Media europea,* Madrid, Espasa-Calpe, 1969. Sobrequés, J., *La Peste Negra en la Península Ibérica,* en *Anuario de Estudios Medievales,* n.º 7, Madrid, 1970-71. Ubieto, A., *Cronología del desarrollo de la Peste Negra en la Península Ibérica,* en *Cuadernos de Historia,* n.º 5, Madrid, 1975. Valdeón, J., *Los conflictos sociales en el reino de Castilla en los siglos XIV y XV,* Madrid, Siglo XXI, 1975.